

Pídeme un cuento
vol. 1

de Marcos Xalabarder

en

www.pidemeuncuento.com

Pideme un cuento

vol. 1

Publicado por Marcos Xalabarder
gracias a Lulu.com.

© Marcos Xalabarder Aulet, 2010

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimientos sin el permiso escrito del autor.

Registrado bajo Creative Commons:
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0

Portada: Arturo Xalabarder

Índice

- 11Los platos rotos
- 12Determinación
- 13El niño que hablaba con la boca llena
- 14Una noche de brujería
- 15El trencito
- 17La cuadratura del círculo
- 17Un sol surrealista
- 19La "Reina"
- 20 El rey que echaba en falta
- 21El cuentacuentos
- 22El papá desconcertado
- 22El pionero Antón
- 23El señor de los muñecos
- 24La instructora
- 25El carromato
- 26La aviadora
- 27La ofrenda
- 28Los zapatos
- 29El zigurrat
- 30Dominó
- 31La estalactita
- 31Un cuento para Jose Luis
- 32La mosquetera
- 32Puntos suspensivos
- 33La cortacircuitos
- 34El hombre que perdía las palabras
- 35Apaguen las luces al salir del túnel
- 35Meteoritos vs Planetas
- 36La avalancha
- 37El túnel de los horrores
- 39El laberinto del Minotauro
- 40La leñadora
- 41La escalera de caracol
- 41Historia de 'A'
- 43El relojero
- 45El mordisco
- 46La trapeceista hipersensible
- 48Esperanza
- 48El desván
- 49Dos ramas
- 50El largo corredor
- 51La playa
- 52Hormigas, matemáticas, universo
- 53Los espejos del alma
- 54El equilibrista
- 55Cordón umbilical
- 56La bibliotecaria
- 58La gruta del enano
- 59El agricultor de haikus
- 60El camarero
- 60El martillo
- 61El insaciable
- 62La cruz
- 63Un claro en el bosque
- 64La comba
- 65El hombre que ya no podía escribir
- 66El monolito
- 67La manta
- 68Una historia de escalera
- 69La soñadora profesional
- 70Instrucciones para atrapar una nota
- 72Una torre del revés
- 73La iniciación
- 75Postales
- 76Las dos caras de la Luna
- 77Historia de 'H'
- 78El hada agnóstica
- 80La compuerta secreta
- 81El camino del Loco
- 82El Big Bang
- 83La digestión
- 84El elixir
- 87El camino del samurái
- 88El agujero
- 88La flecha envenenada
- 90El brindis
- 90Amor de pies
- 92El navegante en tierra
- 92Historia de una ráfaga de aire
- 94Juegos de un mar de la China
- 95Cuento del pirata
- 96El trayecto de la lagartija
- 98Sombra de un gato
- 99La bailarina
- 102Cuentos gatos
- 102El termómetro
- 104El gusano
- 105El gorro naranja

Prólogo

Este libro nació en un foro de internet. Concretamente, en el foro dedicado a Alejandro Jodorowsky en Clubcultura.com. Participé de ese jardín de personas y personajes durante algunos años. Y fue fantástico. Conocí personas increíbles y aprendí mucho sobre mí mismo. Fue en el foro que nació mi primer impulso de escribir cuentos a mis amigos con sus propias palabras. En las semanas siguientes escribí unos treinta cuentos más. Poco después inauguré mi página www.pidemeuncuento.com.

Desde pidemeuncuento mi manera de escribir ha cambiado. Sé que muchos pensarán que mi escritura es naíf, infantil, o que es altamente imperfecta. Espero que me disculpen si les digo que me importa un pito. Yo escribo lo que quiero de una manera que a mí me parezca bella. No siempre presto atención a los detalles, pues en este tiempo sólo me ha importado a dónde va el cuento. Con todo, siempre me ha servido para aprender.

Hasta hoy ha sido un intenso camino literario. Aunque he tenido mis más y mis menos con la página y mi compromiso, creo que me ha hecho un gran favor sobreviviendo. Gracias a esta página yo hoy sigo escribiendo. Y lo más importante: sigo escribiendo para mis amigos, mi verdadero público, mi gran minoría.

De modo que dedico este primer volumen a mis amigos del foro de Jodorowsky y a todos los lectores que me han encontrado y pedido un cuento enviándome sus palabras.

Pídeme un cuento
vol. 1

de Marcos Xalabarder
en
www.pidemeuncuento.com

Los platos rotos

Érase que no sería, que había un niño que nunca había roto un plato. Por no romper, ni siquiera había roto un zapato. No había nada en el mundo que se quebrara a su paso. Tenía el pelo hacia un lado y la raya perfilaba un camino perfecto y despejado.

Iba con cuidado, como le habían enseñado: “Niño no hagas esto”, “Niño no hagas lo otro”, “pobre de ti como rompas un plato”. Era tan difícil que el niño se cargara algo, que los objetos, envalentonados, se fueron haciendo más y más irrompibles. A veces se comparaba y decía: no puedo romper un jarrón, pero él sí puede romperme la espalda.

De manera que el niño empezó a apartarse de las cosas para que no le tocaran. Primero se apartó de unos muebles de su casa; más tarde se apartó de la fachada; luego fue apartándose de las manzanas de las calles y poco después de las ciudades. ¡Tenía hasta reparos en poner los pies en la calzada !

Un día, cuando andaba hacia atrás para evitar su sombra, pisó un caracol y oyó, nítido, el crujido de su concha.

El niño se quedó paralizado; los dedos como arcos; el corazón abalanzado. ¡Lo había destrozado! Entonces una energía inmensa le recorrió el espinazo y, tras el caracol, todos los caminos se quebraron; luego los ríos y los montes de Venus y las palmadas de los críos y los resoplidos de los burros y una mañana cualquiera todo el universo conocido explotó en mil pedazos.

El pesar le duró un rato, pero luego siguió caminando. Y se acercó a las ciudades, se acercó a los edificios, se acercó a su casa y dijo mientras entraba: “A ver mamá, dime dónde están los platos?”

Determinación

Entró en la oficina con paso firme pero sin la dirección clara. Tuvo que doblar cuando llegó frente a un escritorio y luego volverse hacia la izquierda para no chocar con la fotocopidora. Esto le obligó a dirigirse de nuevo al punto de partida. Así que, con paso firme y un mapa de la oficina en su cabeza, volvió a darse la vuelta y a caminar. Esta vez torció a la derecha y esquivó la mesa, luego tomó un pasillo y frunciendo los puños anduvo decidido hacia los baños. Ahí haría una pausa. La cuestión era aprovechar la monstruosa determinación con que se había levantado aquella mañana para algo útil. No aparece una determinación así en el ánimo todos los días.

Sin dudarlo, abrió la puerta del baño al tiempo que empezaba a alagar la mano para abrir el grifo, cualquier grifo. Se detuvo frente al espejo y empezó a frotarse las manos bajo el agua. Esto le dio unos segundos valiosísimos para reflexionar en qué podía volcar toda la determinación que llevaba encima. Temía que, si se distraía por un momento de la sensación, ésta le abandonase y le sumiese de nuevo en un mar de dudas. ‘Es como un buen viento en medio del océano’, se decía, ‘hay que desplegar velas y ver dónde nos lleva’.

En ese preciso instante entró en el baño su jefe. Le dio los buenos días a medias y se colocó a sus espaldas, donde se dispuso a orinar. Mientras tanto, él seguía frotándose las manos. Pero el grifo se había detenido y durante unos segundos se lavó las manos con aire frío. Era el momento adecuado. Ahora o nunca.

Se dio la vuelta con las manos todavía húmedas, las tendió con calma a los lados y fijó su mirada en la coronilla de su jefe. Éste se encontraba estirándose la piel del pene para despejar el trayecto de su orina. ‘Señor

encargado’, dijo él clavándole la voz en el cuello, ‘Debe usted saber que soy poeta’. Y dicho esto se marchó relajado y satisfecho.

El jefe se quedó un rato sosteniendo su pene flácido. El mensaje lo había alcanzado en la situación más incómoda y delicada. No pudo maniobrar (no podía girarse, no podía hablar de lado, no podía mirarle a los ojos para humillarle), porque todo el poder que tenía en sus manos se había vaciado en aquel preciso instante.

Sutilmente el agua de la cisterna susurró el final de la esclavitud.

El niño que hablaba con la boca llena

‘Niño que comas’, le repetía su mamá cuando el niño abría la boca para decir algo. Se acostumbró a comer y hablar al mismo tiempo. ‘Fufa la grofa damorisa’, le contaba alegremente a su padre cuando desayunaban por la mañana. ‘Nadrapu tacarina chascarano’, explicaba por la noche durante la cena.

Al principio fueron buenos los tiempos. Cada sabor que ocupaba su boca teñía de un aroma especial cada una de sus palabras. Por ejemplo, nunca hablaba de niñas si aquella noche cenaban patatas. A las patatas les iba mejor el fútbol. Pero cuando tocaba hamburguesa se ponía las botas charlando de sus amigos y de la profe de mates. Con los líquidos lo más agradable era mencionar sus fantasías de ser poeta y morirse en París: ‘Gro glo glorrrr, glupar, glupar, grrrrliiii’.

Lo bueno es que nadie le reñía. Podía decir lo que le viniera en gana siempre y cuando comiera al mismo tiempo. El arroz le dio algunas de las noches más hermosas de su infancia: masticar todos esos granos a la

vez mientras se explayaba a insultos contra su padre; o lo difícil que era despedazar la pechuga de pollo con las muelas mientras echaba flores a su madre.

Un día en que su padre se había olvidado de comprar el periódico y no tenía nada mejor que hacer dijo: ‘Niño, no hables con la boca llena.’ Seguramente ni siquiera sabía por qué lo había dicho. Seguramente lo había oído en alguna serie de televisión. Pero le pareció que era propio de un padre advertirle a sus hijos sobre estas cosas. Luego siguió jugueteando con los sobrecitos de azúcar.

El niño se interrumpió justo en medio de un gigantesco exabrupto. Los corn-flakes le añadían ese ruido de fondo a su insulto, como arropándolo, como vibrando con su fonética. Dejó la cuchara y masticó en silencio. Cada friski que tragaba era un instrumento menos de su orquesta. Poco a poco los fue deglutiendo a todos, empobreciendo su repertorio. Cuando hubo terminado, abrió la boca y dijo: ‘Capullo’.

Con la ostia que le dio su padre supo que hablar no iba a ser nunca lo mismo.

Una noche de brujería

Sus amigotas le propusieron irse de brujería. Olerían ricino, pelarían gatos, mamarían tetas de cabra y follarían con tiranos. ‘No sé, igual no salgo’, les dijo un poco cansada. Sabía que las resacas eran de órdago. ‘Va mujer, ánimo, si la vida son dos días’.

Salió con ellas. Le dijo a su mamá que volvería tarde. Su mamá le dio algunos botes de párpados de lagarto por si las moscas. ‘Bueno, pero

yo conduzco', insistió. Y se puso al volante de sus pasos cortos y rápidos, y en seguida llegaron al descampado. Empezaron por costumbre con los ritos y despellejos, después siguieron con los cánticos siniestros, con los corazones de mamífero y las sangrías de joven-adolescente-que-no-sabe-dónde-se-ha-metido.

'Dime una cosa', le preguntó a una amiga mientras echaba unos brazos al fuego. '¿Somos brujas o vampiros?'

La amiga se la quedó mirando un rato. Luego le dijo: 'Venga, déjate de tonterías, que se va a enfriar ese muchacho'.

'Tienes razón', le respondió avivando la llama con una rodilla que había encontrado. '¿Me estaré volviendo rara?'

'No te comas el coco', le insistió su amiga. 'Venga que te invito a un trago y luego nos tiramos a esos pelagatos del Ministerio. Mañana no van al Congreso, eso te lo digo yo'.

Y la bruja cercenó, desgajó y folló, pero al día siguiente la resaca era tan grande que incluso una gran bruja como ella supo que había llegado el momento de serenarse, de encontrar marido y no matarle.

El trenecito

Esta era una pasajera que no sabía en qué vagón quedarse. Empezó subiéndole sus enormes maletas al vagón número 7 pero al cabo de un rato le pareció que podía estar mejor en el 8 y se trasladó. Pasó el trenecito por varios túneles y la pasajera empezó a inquietarse. Quizá no estaba convencida de pasar todo el viaje en ese vagón precisamente. ¿Por qué no iba a estar mejor en otro? Con el precio de su billete había pagado el

derecho a buscarse el mejor asiento y estaba decidida a hacerlo. Así que dejó las maletas para tener más libertad de movimiento y fue pasando de vagón en vagón. A veces escogía un asiento y se sentaba. Probaba una postura, probaba otra. Miraba a su alrededor y se preguntaba si iba a estar bien entre aquella selección de gente. Luego pensaba que a lo mejor estaba más cómoda en el de enfrente y le pedía a una señora anciana que le cambiara el sitio por un momento. “No estaré mucho, señora”, le decía. “Lo justo para descartar esta posibilidad, seguro”. Y tenía razón.

El revisor ya la conocía. Le había pedido el billete por lo menos veinte veces hasta que al final se convenció de que era la misma pasajera. La reprendió serenamente: “Señorita, no puede ir cambiando de asiento todo el rato. ¿No le parece molesto trasladar todo el tiempo su equipaje?”

“Mire señor”, decía ella, “mi equipaje está por ahí en alguna parte. Pero es que resulta que me gusta pasar los túneles en el vagón número trece, y cuando cruzamos un río me voy al último y cuando nos acercamos a un pueblo me llego hasta el primero. Cuando estoy cansada me retiro al quince y si tengo ganas de charlar hay un hombre en el cuarto, junto a la cafetería, que cuenta su vida. Ya la conozco pero no me importa que me la repita. Ahora mismo tengo dos minutos antes de irme, perdone pero no puedo seguir hablando”.

El revisor se quedó pasmado. “Ah, ¿si?”, le dijo. “¿Y dónde piensa ir ahora? ¿Al vagón de las locas?”

“Pues no, mire usted. Más bien me voy a la cabina del maquinista. Porque desde que ha llegado usted no tengo ganas de otra cosa”. Y a los pocos minutos de marcharse la pasajera el trenecito dio un giro brusco a la izquierda.

La cuadratura del círculo

Al círculo le preocupa ser cuadrado. Siente que si se vuelve cuadrado renuncia a las infinitas direcciones del universo para quedarse con cuatro.

El cuadrado se imagina que sus extremos están sujetos y en tensión, como lo estaría el cuerpo de un santo entre cuatro estacas. Sin embargo se sabe estable, robusto, seguro aunque sus anhelos de círculo le dan miedo. Preferiría no ir añadiendo puntos sino quitándolos. Preferiría quitarse uno, no sin dolor, y ser triángulo.

Pero del triángulo se dice que siempre hay un lado que se siente solo frente a los otros dos. Y aunque el triángulo sabe que eso es una tontería porque es equilátero, no puede evitar el deseo de desprenderse de ese otro punto de tensión.

La preocupación de la línea es que su extremo opuesto no sea su aliado sino su enemigo. No sabe si se encuentran, se separan o uno se proyecta en el otro.

El círculo, que ha leído todo el cuento, respira aliviado diciéndose a sí mismo: “Después de tanto jaleo será mejor quedarse quieto”.

Un sol surrealista

Era un sol que se dedicaba al surrealismo. Vertía todo su arte en hermosos y misteriosos cuadros con caminos que comenzaban en algún remoto lugar de su mente y terminaban en la tela de sus cuadros.

Tenía una técnica exquisita y sólo había dos cosas que le disgustaban: disponer de una cantidad de lienzo limitado para depositar su arte y que

casi nunca gozaba de buenas condiciones de luz. “A ver, sostenga la lámpara más arriba, por favor”, le decía irritado a su ayudante. “Así, gracias, a ver si no se nos acaba en un minuto”.

Su tensión era evidente. Siempre estaba temiendo que al ayudante se le cansara la mano y bajara el farolillo en medio de un importante trazo de pincel. Por ello tenía que pintar a contrarreloj para aprovechar la poca luz que pudiera antes de tener que abandonar de nuevo los pinceles y permanecer inmóvil sumido en completa oscuridad. Los días en que la mano de su ayudante parecía no desfallecer, el sol surrealista pintaba enormes campos atravesados por sonrisas anchas que serpenteaban de mar a montaña y que se inclinaban peligrosamente sobre los riscos. Y cuando terminaba con sus paisajes colocaba siempre a una niña pequeña, a penas un trazo de pintura roja, en algún recodo de ese camino, mirando al cielo, serena.

Pero sucedía con frecuencia que caían las sombras y no podía seguir matizando girasoles.

Un día que su ayudante no aparecía por ningún lado pero sentía la imperiosa necesidad de pintar comenzó un cuadro. Empezó dibujando un mar tormentoso en su mente, rocas contra las que chocaban las olas, el borde de un acantilado. Entonces tomó una tela y empezó a dibujar a tientas un camino que subía desde las rocas hacia la montaña, un camino estrecho y lleno de errores, que a veces saltaba al vacío, que a veces se hundía en la cornisa de un precipicio. Lo dibujaba a ciegas, a pesar de la falta de luz, y lo único que sabía era que iba subiendo, subiendo, alejándose de los ruidos furiosos de las olas hacia lo alto del acantilado, donde un árbol delgado se asomaba al vacío proyectando audaz sobre el mar sus ramas.

Subió con el pincel hasta el árbol, y luego subió por el tronco, por las ramas, se acercó con tinta negra hasta el extremo de la última hoja y de pronto, colgado del vacío, miró al cielo... y se vio a sí mismo alumbrando todo el mundo conocido.

La "Reina"

Se lo decía todo el mundo, pero no se creía para nada que era Reina. Siempre que le preguntaban levantaba las manitas y con los dedos en posición de victoria doblándose a la altura de las cejas, decía: "Yo no soy una "Reina.." en el sentido pleno de la palabra, ¿vale?". Vale, entonces pasaba un tiempo en que nadie se lo recordaba.

Pero al final la gente no podía aguantar más y volvía a llamarla Reina. Reina de esto, reina de lo otro, reina de mi tierra y de mi destierro, reina por un día, siete días a la semana, reina de copas que rebosan y de espadas afiladas, reina de oro, reina de palo en mano, ¡reina de todo !

Estaba tan harta que se quiso cortar algunas cabezas. Pero como no lo conseguía volvía a levantar las manos cerca de las orejas y haciendo el signo de comillas repetía: "Yo no soy una "Reina..", ¿vale?"

Además, añadió un día harta de todo: "¿Si soy reina, a ver dónde está mi reino, eh?"

"El reino, querida reina mía", le dijo un paje que por allí pasaba, poniéndose de rodillas y tomándole dulcemente la mano, "comienza en estas manos y se adentra en los inabarcables dominios de tu alma.

Allí, en el alma es donde habitan los verdaderos reyes, los reyes de todos. Pero el reino está lejos, pues hay una distancia gigantesca entre la

mano y el alma. Solo unos pocos se acercan lo suficiente a su reino como para empezar a parecerse a sus reyes”.

“Ah, entonces claro que soy Reina”, dijo ella deshaciéndose de las comillas. “Así qué fácil”.

“Fácil es que te des cuenta de tu maravilla”, dijo el paje mientras se incorporaba, se ajustaba la corbata y el traje para proseguir su camino hacia la oficina. “Lo difícil es que vuelvas entera para contarlo y no te quedes prendida de tu encanto.”

El rey que echaba en falta

Había un rey que echaba en falta.

Echaba en falta las risas de sus cortesanas, los aseos en la bañera de las mañanas, las carreras de luciérnagas, los rodeos, las distancias que se acortaban, una palmada, los leones del patio rugiendo de madrugada, la respiración pausada, el antojo de una embarazada, el peso de las cosas mundanas, un pelo, una rosa, un pato.

Pero todo esto no era nada, comparado con lo mucho que el rey echaba en falta a... Rosanna.

“Pero amado rey”, le decía la corte entera. “Si la has visto esta mañana!”

“Ya !”, gemía el rey, “Pero es AHORA que la echo en falta!”

“Copioso rey”, le susurraban las doncellas, “Pero si vendrá esta misma tarde!”.

“Ya !”, rugía el rey, “Pero es AHORA que la echo en falta !”

Por fin Rosanna apareció ante los ojos del Rey. Lo abrazó y después de dedicarle dulces palabras le dijo:

“Mi rey, ¿por qué si me tienes contigo continúas triste?”

“Hay mi niña, ahora no soy yo el que está triste. ¡Son mi pasado y mi futuro los que AHORA te echan en falta!!”

El cuentacuentos

Había un cuentacuentos que todo lo contaba con las mismas palabras: Rosanna.

Una historia de vaqueros, otra de espadas cruzadas, un apunte sobre dragones y una canción de cuna adormilada.

En todos los casos el cuentacuentos empezaba y terminaba sin cambiar ni una sola letra del programa. Cuando quería decir nube, pronunciaba ‘Rosanna’. Cuando relataba una tormenta, ‘Rosanna’; cuando hacía un flash back lo explicaba: ‘Rosanna’. Y así repetía su nombre hasta la madrugada.

“Cuentacuentos, tus historias no cambian nada !”, le decían los chiquillos que le perseguían por la calzada.

“No es verdad, yo hablo de esto y de aquello, de la luna y del sol, de la mar y la riada. Siempre explico lo que por la cabeza me pasa !”

“Será eso”, dijo un anciano, que lo vio acalorado en la plaza. “Lo único que tiene en la cabeza, es a Rosanna !!”

El papá desconcertado

Era un papá tan desconcertado que no atinaba. Se daba tropezones con todas las esquinas. Aunque extendiera los brazos, hasta con el aire chocaba. Era que un día de una impresión abrió mucho los ojos y se quemó las pestañas. Y desde que no los cerraba todo le desconcertaba.

El señor tenía una hija que se llamaba Marta. Hacía tiempo que ni la miraba, porque cuando lo hacía, de lo mucho que la quería, se le llenaban los ojos de lágrimas. Y entonces ya ni respiraba!

Por no quedarse ciego, prefirió el desconcierto, y anduvo así un tiempo. Por fin un día le crecieron las pestañas, pero como ya no se acordaba ni siquiera las usaba.

Marta, harta de todo, cogió una baraja de cartas y la lanzó por los aires conjurando a todos los ases de la manga. Luego fue hacia su padre y le dio un pisotón tan fuerte que el pobre hombre cerró los ojos y, por fin, sintió sus nuevas pestañas. “¡Tengo pestañas ! ¡Tengo pestañas !”, dijo el hombre olvidando su dedo gordo.

Entonces vio a su hija y parpadeó con ganas y del abrazo que le dio, le crecieron alas.

El pionero Antón

El Pionero Antón salió decidido a ser de todo el primero. Fue el primero en nacer y en dar a luz al mismo tiempo. Fue el primero en nombrar los nombres antes de que fueran palabras. Fue el primero en sembrar los campos con panes recién horneados.

Pero el Pionero Antón tenía miedo de no tener nunca tiempo. ¡Había tantas cosas en las que podía ser el primero !

Y andaba rezagado, sumido en sus pensamientos y, a veces con desgana, se dejaba ser el segundo.

Una noche, convirtiendo agua en vino, vio el reflejo de su rostro en el fondo de una tinaja. Sentido como estaba, lloró tanto que todo el agua que soltó se transformó en un río de vino. El caudal lo arrastró de aquí para allá, desnudándole de lo dañino y, al final de la orilla, lo soltó vivo.

Echó en falta muchas cosas, Antón el Pionero, pero de entre ellas no se lamentaba de la pérdida del Tiempo.

‘Al Tiempo se lo habrá llevado el río’, pensó, descubriendo para el mundo, en ese instante, cuarenta mil especies nuevas de sonrisas.

El señor de los muñecos

El Señor de los muñecos cortó todos los hilos para que sus criaturas vivieran sólo cuando él lo ordenara.

La muñeca Rosanna, maestra de circo, también recostó sus brazos sobre el mostrador del mago.

Ni tristes ni contentos los muñecos no pasaban ni el rato.

‘Si el Señor no lo ordena, no moveré la mano’, se repetían con voz de espanto.

Mas he aquí que Rosanna no escuchó el conjuro porque andaba distraída siguiendo una estela. Y cuando sus hilos cayeron por orden imperativa del mago, Rosanna sólo sintió un breve desmayo. Cuando su

cabeza tocó el manto negro, un destino de calabazas se puso en marcha.

Primero levantó la mano: le gustaba llevársela a la frente cuando tenía un desmayo. Luego se sentó en su propio regazo. Y finalmente se alzó llevando en la mano el aro de fuego de sus enanos.

Y Rosanna tensó a los caballos, rizó a los trapecistas, espantó a los leones y destartaló a los payasos. Era la reina del espectáculo sin público más grande jamás contado.

Un día el Señor de los muñecos la vio suelta, libre... y entonces el Señor de los muñecos sonrió y no hizo nada.

La instructora

Era una reina que daba muchas instrucciones. ‘No son órdenes, cuidado’, solía repetir en las reuniones de palacio, ‘sólo recomendaciones’. Pero a todos causaba gran alegría seguirlas al pie de la letra con tal de no ver rodar sus cabezas.

La reina tenía, como era natural, un caballero andante a quien colmaba de instrucciones. ‘Ámame más a la derecha’, le solía susurrar jugueteando con su oreja, ‘no, un poco más a la izquierda. Ahí. Para’. El caballero se daba cuenta de que la reina sentía por él un especial afecto y lo agradecía procurando no saltarse ni una coma. Además ella había tenido la delicadeza de escribir 80 rollos de instrucciones exclusivamente para él y que cubrían todos los aspectos de su vida caballeresca. Había instrucciones para asestar sablazos y para salir pitando, para conspirar y para descubrir traidores, para morir de amor, para salvar a una doncella, para matar dragones, para comer, para cagar y para tocarle el clítoris.

‘Quiero que mi reinado sea bello, sea hermoso, sea perfecto’, y acto seguido corregía a su caballero en la forma de sacudirse la verga después de orinar. La reina estaba admirada de la entrega de su caballero y quiso corresponderle ayudándole a amarla correctamente. ‘Primero te hablaré de tus sentimientos’, le dijo un día. ‘Lo tengo todo en la cabeza y será maravilloso, ya verás.’

‘Lo ideal sería que no respiraras tanto. Y que tengas siempre los labios húmedos, y que no tocaras nunca con los pies el suelo y que tuvieras este, este y aquel sentimiento y que nunca tuviera que darte instrucciones!’

La reina se detuvo en seco. ¿Por qué tenía que darle instrucciones siempre? ¿Es que no podía amarla como ella quería sin necesidad de asistencia permanente? ¿Qué clase de caballero era? Estuvo a punto de perder los nervios y el caballero la cabeza. La reina estaba muy ofendida y afectada y quiso cercenar manos y pies entre su corte. Hasta que al final, desesperada, dijo: ‘Está bien, caballero, haz lo que te de la real gana.’

Entonces el caballero, sonriendo, se quitó la armadura que siempre llevaba para soportarla y le echó un polvo sin reglas que la llevó enseguida al orgasmo.

El carromato

Era un carromato empujado por dos bueyes. Al revés que otros carromatos, en vez de tirar, lo empujaban por detrás con sus frentes. Así se ahorran el yugo, las riendas, la fusta del siervo, la línea recta, la estrechez de miras, el destino incierto, la sensación de carga de quien arrastra sus vidas. Pero, ante todo, se ahorran la obediencia.

“Hace rato que empujamos”, dijo uno, “y no noto la diferencia. Ver, no vemos más que antes, el esfuerzo es el mismo y encima nos torcemos!” El segundo buey, que era más intelectual, le hizo entender que así eran libres, que ese era el precio que tenían que pagar para no tener dueño.

“Sí”, dijo el primer buey. “Pero si somos libres, ¿por qué estamos empujando todavía este carro?”

La aviadora

No le gustaba volar a ras de suelo. Para la aviadora volar era estar por encima de las nubes, transitar un desierto de espumas blancas, materiales perfectos para su mente soñadora. Sentía un disgusto especial cuando se veía obligada a aterrizar.

“Ojalá pudiera estar siempre volando, no tuviera que repostar, ni que firmar permisos de tránsito, ni que esperar en los hangares, ni conversar con los técnicos, ni pasar por casa para ducharme, ni bajar a reponer gasolina. Si pudiera, me compraría un avión que rebotara cuando tocara el suelo, que se alimentara de aire, de estrellas y de algodones, que diera la vuelta al mundo cincuenta veces cada mañana, que pudiera descansar junto a la luna, y que no tuviera asientos ni pasajeros que piden coca cola, ni siquiera azafatas, y un amante automático que pudiera desinflar cuando me diera la gana”.

“Todo eso está muy bien”, dijo el avión por megafonía viendo lo que se le venía encima, “Pero es que a mi me gustaría tocar el mar con el tren de aterrizaje, volar junto al AVE, resguardarme en los hangares y beber gasolina hasta dormirme; me gusta sentir a los pasajeros en mis tripas, me gusta sentir cómo duermen, como besan las ventanillas, y luego bajar

y que me limpien por dentro de toda la porquería. Si pudiera me gustaría ser coche para ganar en alguna carrera; me gustaría que me lavaran con una manguera e ir a los cines al aire libre y pedir una pizza. ¿Podemos llegar a un acuerdo?

“Mira”, le dijo la aviadora por el micro. “No tengo intención de discutir esto contigo. Nuestros intereses son distintos, ¿queda claro?”

“Por supuesto”, respondió el avión mientras atravesaban unos riscos, “por eso es conveniente que nos separemos ahora mismo”. Y acto seguido abrió la portezuela para que la aviadora diera el salto.

La ofrenda

En el templo todos los monjes mostraban sus respetos al Dios mediante ofrecimientos. Unos ofrecían incienso, otros alimento, algunos néctares deliciosos, flores, especias y oro.

Uno había que no tenía nada y, por no ofrecer lo que no tenía, entregaba su palabra: “Buenos días”, le decía al Dios cada vez que visitaba el templo. “Feliz noche”, decía cuando se retiraba.

Algunos monjes criticaban su comportamiento. Pensaban que no era respetuoso dar tan poco.

Un sabio del templo le dijo un día: “Querido hermano, el Dios no necesita que le desees un buen día porque vive instalado en la Verdad más luminosa. ¿No sería mejor entregar una parte de tu alimento?”

“Maestro”, le respondió el discípulo. “Soy tan pobre que si me abate el hambre ni los buenos días podré darle.”

Los zapatos

- “Mamá, quiero unos zapatos para mis manos”, decía la niña a la madre cuando iban de paseo.

- “Pero hija, si ya tienes unos y no estamos para gastos !”, contestaba la mujer alarmada.

- “No. Yo quiero unos para mis manos, para saltar de alegría y caer siempre sobre mis zapatos”.

- “Tú lo que necesitas es aprender a dar volteretas, niña”, le contestó la mamá regañándola. “Y no andar cabeza abajo”.

- “Papá, papá, quiero unos zapatos para mis manos”, le dijo la niña a su padre cuando llegó a casa.

- “Mi vida”, le respondió el hombre tomándola entre sus brazos. “Entiendo que quieras caer siempre sobre tus zapatos, pero dejar de tener manos! Casi prefiero que andes descalza y vayas alternando pies con manos”.

- “Abuelo, abuelo, quiero unos zapatos para mis manos”, le confesó la niña a su abuelito.

- “Claro, bonita, toma los míos”

- “Pero abuelo, tus zapatos son muy grandes y se me caerán al suelo”

- “¡Mejor! Así los zapatos volverán al suelo y tus preciosas manos al cielo”.

El ziguratt

Para ser una torre de babel sólo tenía dos pisos. El constructor tenía intención de levantar muchas más plantas, miles, pero no se decidía a dar las órdenes necesarias.

Quería llegar al cielo y verle las barbas al señor, como todo buen arquitecto, pero sentía una opresión en el pecho cada vez que depositaba una pesada piedra sobre la base del templo. Era que le hacía sufrir poner tanto peso encima de la cámara secreta donde se guardaban las reliquias. “Cuando lleve cinco pisos el techo de la cámara correrá peligro”, se decía murmurando, y con los dedos jugando a sus espaldas caminaba a grandes zancadas de un lado para otro gritando: “Mejoraré la estructura ! Mejoraré la estructura!”

Pero a pesar de sus intenciones y de las amenazas de muerte que le dedicaban los sacerdotes, no encontraba el valor suficiente para levantar los ciento ochenta niveles que faltaban. “¡Que no llegamos! ¡Que no llegamos!” le decían los sacerdotes alzando sus uñas con estudiados gestos de violencia. Sin embargo el arquitecto resistía alegando que la misión del templo era preservar la pureza, no amenazarla.

Un día la presión de sus superiores fue tanta que temió por su vida y tramó un plan. Por la noche entró en la cámara secreta, tomó la reliquia entre sus blancas manos y se la guardó en el bolsillo interior de su vestido, junto al pecho. Luego selló la puerta del templo. A la mañana siguiente hizo circular el rumor de que el templo estaría terminado en 7 días.

En efecto, los años de preparación dieron su fruto y la torre se elevó ciento setenta y nueve pisos más en un tiempo récord.

“Excelente trabajo, arquitecto”, le dijo el rey. “Seguro que las reliquias

estarán ahora en contacto con el mismo Dios”.

“No le quepa la menor duda, señor”, respondió el arquitecto llevándose la mano al corazón.

Dominó

Era un alquimista reconocido. Su paciente habilidad para construir una cadena de piezas de dominó era legendaria. No se conformaba con trazar hermosos recorridos ni atreverse a imposibles artificios dignos de un circo. Era muy exigente con sus experimentos. Solía colocar las piezas sin orden ni tiempo. No se imponía prisas para darles el empujoncito. De hecho, sus dominós solo se desplomaban cuando todas las piezas estaban en su sitio. Podía pasarse años meditando una secuencia precisa en la que una carambola terminaba en una explosión de silencio.

“La esencia del dominó”, les decía a sus atribulados alumnos, “es que al final no se ven los puntos, sino la línea que los une”. Esto se lo aplaudían mucho, aunque a él solo le interesaba el efecto que causaba esta imagen en la mente de sus pupilos. “La pieza blanca siempre queda boca abajo”.

Un día otro alquimista le pidió unas palabras. Las escogió con cuidado, las puso ligeramente inclinadas una junto a la otra y cuando todo estuvo dispuesto las animó con un verbo. Y fueron cayendo una detrás de otra, empujándose cada vez más lejos hasta que por fin se tendió la última a los pies de su amigo mago y entre los dos quedó, bien marcado, un largo camino que en ese instante compartieron.

La estalactita

A primera vista nunca se sabe si una estalactita crece o decrece, gotea o absorbe, empieza o termina. Pero lo cierto es que una estalactita tan solo se traslada. Lenta, serena, segura. Su naturaleza parece la roca, pero por el contrario es el agua, que arrastra consigo pequeñas dosis de minerales de una superficie a otra, y allí los deposita lenta y delicadamente, gota a gota.

Una estalactita crece o decrece en condiciones muy duras para los hombres que viven en sus cuevas, pero no para ella. Porque lo que una estalactita sabe sobre sí misma es que no permanece, a pesar de las apariencias, sino que está hecha para fluir en el vacío.

Un cuento para Jose Luis

Un cuento para Jose Luis no necesita palabras, sino que las siembra por el camino. No se almacena tampoco este alimento. Se consumen al momento. En un cuento para Jose Luis las letras solo duran un instante, el tiempo justo para que su sonido resuene en la mente de los lectores.

Un lector de un cuento para Jose Luis tiene muchas ventajas. Puede leerlo de cualquiera de las maneras, porque es un espejo de él mismo. Además el lector ve en el cuento cosas que jamás había visto.

Un escritor de un cuento para Jose Luis es un hombre afortunado como quien anduvo buscando oro en la montaña y el oro vino a su encuentro. Es un hombre que no pone un dedo sobre la pluma sin antes pedir permiso para pintar un lienzo tan bello.

Y además un cuento para Jose Luis no tiene final, solo principios.

La mosquetera

Zas zas, la mosquetera trazaba el camino de las estrellas sagradas con su espada. Tres puntos unidos por un cuarto, en un trayecto perfecto que tanto puede recorrerse hacia arriba, como hacia abajo. Era tan perfecto que la mosquetera siempre recurría a las mismas reglas. Zas arriba, Zas abajo, Zas a la izquierda y a la derecha y Zas al centro.

Pero la punta de su espada era inquieta. A veces se le escapaba un milímetro más de la cuenta. Nadie lo notaba, pero el acabado no era perfecto y ella lo sabía.

Un día le pareció que algo como un destello había brillado, y que el dibujo que la rebelde punta de su espada había dibujado era sencillamente hermoso y no alteraba en nada los efectos de su espada. Aunque en vez de hacer ZAS hiciera SAS el resultado era el mismo: el enemigo marcado. La misión cumplida.

A partir de entonces, no supo cómo, pero manejar la espada se le convirtió en un arte.

Puntos suspensivos

De lejos sólo parecían eso, puntos suspensivos...

Eran precisos, ordenados, discretos. Nunca se sabía si arrastraban o empujaban. Tenían como un eco . . . sordo, apenas tres suspiros caídos sobre el silencio como lluvia pequeña.

Pero a medida que se iba acercando, los puntos crecían. Cada vez eran más grandes y tomaban una forma redonda, como de tres agujeros, o

tres faros negros, tres voces . . . recitando la vocal más ancha.

Ya estaba cerca y el ruido era estrepitoso, como de tres tambores de hojalata, o tres balas de una metralleta que hiciera tac tac tac . . .

Y al final se llegó a donde estaban, y al elegir el del centro para acercarse, quedó suspendida entre los otros.

La cortacircuitos

Le encantaban los chisporroteos. Tres chasquidos, un relámpago, temblores por todas partes, fuego y un humo melifluo. Y todo en menos de medio segundo. >chas< >chas<

chrrrrppprraashhh. zas. Y si le daba tiempo, cortaba otro cable.

Se dedicaba a eso: a cortar circuitos. Si veía uno muy firme, a por ese iba. Si veía otro hiperactivo, ni lo dudaba. Circuito que veía, circuito que cortaba. Y si no lo cortaba, al menos lo fundía. Un buen rato.

Tenía sus motivos para haber elegido una profesión tan mal remunerada. Había crecido creyendo que la energía era libre, vamos o eso le habían contado. Por eso, después de haber soltado a todos los pájaros de sus jaulas, ahora se dedicaba a romperle las cadenas a la corriente.

‘Ala, ala, corre corriente corre !!’, le gritaba cuando estallaba.

Al principio sólo liberaba a la corriente eléctrica. Era una verdadera amazona. En cualquier lugar donde veía prisionera a la electricidad sacaba su instrumental y la soltaba. Era un escándalo, claro.

Más adelante su oficio fue más sutil. La energía eléctrica era basta. No transportaba nada humano. Había otras energías, claro, le decía su

sobredesarrollado instinto. Había energías emocionales, intelectuales, sexuales, de toda clase. Y para allá se encaminó la cortacircuitos.

Y fue cortando ideas que no se avenían, sentimientos que se torcían, emociones que se sufrían, risas que sobraban, llantos que mentían.

Desde entonces a penas usa palabras porque la energía que baila en ellas es tan intensa que se necesitarían casi todas para sujetarla.

El hombre que perdía las palabras

Era un pobre anciano tan viejo tan viejo que se le caían las palabras. A veces perdía las más básicas, a veces algunas que ni siquiera conocía; por otras sentía mucha lástima al perderlas, porque les había cogido cariño; otras muchas incluso aprovechaba para tirarlas. Cuando veía que se le iba a perder una, allá empujaba unas cuantas de economía, otro montón de Historia y, si podía, doble ración de Política.

A pesar de los muchos inconvenientes que le causaba, bien pensado no era tan mala idea. Se quedaría con cuatro palabras, como se suele decir, aunque nadie lo había hecho antes. Ahora era cuestión de elegir las bien.

Vaya, esperaba poder elegir las. ¡Porque mira que si se le cayeran antes de lo previsto ! ¡O la perdía todas por descuido!

En ese momento se le cayó la palabra “bastón” y echó a caminar como un muchacho.

Apaguen las luces al salir del túnel

Había un coche al que le tenían que recordar todo el tiempo que apagara las luces cuando saliera de un túnel. Él no se acordaba. Tenía unas luces tan potentes que la claridad con que veía el túnel no lo diferenciaba del exterior. O eso le parecía. De hecho incluso se le pasaba por la cabeza que aunque fuera de día a algunos tramos de la carretera le harían falta unas buenas luces largas.

El momento de apagar las luces no le gustaba. Siempre hay un segundo en el que se nota la pérdida de lumbre, la bajada. Y por un instante el mundo exterior, la luz del día, parece mortecina. Un coche, sinceramente, prefiere llevar las luces siempre puestas. No gastan nada, no se terminan, no dependen de nada. Bueno, si acaso de que no se acabe la gasolina.

Meteoritos vs Planetas

En el espacio sideral también hay serias disputas entre los meteoritos y los planetas. Ambos se quejan de que podrían confundirlos.

El planeta no quiere que le comparen con una superficie árida, las más veces gélida, sin el menor atractivo y, lo que es más grave, sin agua.

El meteorito, por su lado, ni loco se acerca a un planeta como no sea para abrirle un cráter en su chulería. El meteorito es libre, no tiene que depender de un solcito que lo mime.

El planeta suele burlarse del meteorito diciéndole que él no es más que la oreja de otro planeta. El meteorito hace oídos sordos porque pasa

zumbando, pero para adentro murmura que él mismo ha cortado unas cuantas orejas y el rabo a más de un planeta.

Todo parecen disputas y, sin embargo, el planeta añora viajar como los meteoritos por toda la galaxia y el meteorito encontrar una luz que le de cobijo y sustento.

La avalancha

Como avalancha tenía una idea muy clara de su misión. Si una avalancha no tiene clara su misión en la vida más le vale derretirse, porque sólo tiene una oportunidad para cumplirla.

Fuerza y debilidad eran las energías que la sostenían al pie del abismo durante años. Fuerza contenida y ansiosa por descargarse montaña abajo; debilidad por la fragilidad con que mantenía el equilibrio sobre los riscos, por la humildad de saberse mortal y tener fin.

Escoger bien el motivo de su sacrificio ocupaba la mayor parte de su tiempo de espera: ¿sería para sepultar la soberbia de algún montañero? ¿sería para unirse a la danza de una tempestad nocturna? ¿sería para encarnar el capricho y el azar de la madre Naturaleza?

Pero esta avalancha, en concreto, quería ser memorable. ‘Por memorable yo entiendo que lo sean los efectos, no yo como avalancha, ojo’, se esforzaba en aclarar. ‘Sólo deseo encontrar un motivo bello para abalanzarme al abismo’.

Y es que era una avalancha de bellos propósitos. Pero no se le escapaba algo obvio: que cualquiera que fuera el resultado bueno, antes debía producirse una hecatombe. Su naturaleza destructiva la atormentaba.

‘¿Cómo voy a ser una avalancha de provecho si no puedo evitar destrozarlo todo a mi paso?’, canturreaba asustada. Y por más que hacía cálculos no veía la proporción al asunto: la balanza de crear / destruir no cuadraba.

Y a causa de esta precaución a menudo dejaba escapar buenas oportunidades de manifestarse. Como cuando unos alpinistas empezaron a usar explosivos muy dañinos para las rocas; o como cuando la vino a visitar una atractiva y elegante tormenta. Por todo lo cual estuvo años agarrándose a las paredes de la roca para no tirarse. Y eso la fue desgastando y cada vez más le costaba resistirse a los resbalones.

Hasta que al fin llegó un momento en que tuvo que decidir entre dos cosas: o tirarse voluntariamente o que la tirasen un día sin que ella pudiera oponer resistencia.

¿Tú que harías?

El túnel de los horrores

El dueño gritaba con los pelos al viento que necesitaba más hombres-lobo, más volumen en las batidas de murciélagos, menos palomitas que distraen a los niños, más pendiente en las bajadas, que quiten a la niña vampiro y metan un adulto. ‘La función no marcha ! La función no marcha !’, se desgañitaba el dueño de la parada.

Poco le importaba que los niños gritaran, o que los adultos que los acompañaban salieran sudando del Túnel de los Horrores. ‘Necesitamos más caña’, insistía. ‘Si se ríen es que algo estamos haciendo mal’. A menudo se sentaba en una silla de mimbre frente a la salida para ver de cerca los ojos de los visitantes. Si no leía genuino terror en ellos improvisaba algún

susto final y blandía como un loco un machete sobre sus cabezas hasta que conseguía arrancarles chillidos y ruegos.

Con el tiempo se convirtió en un experto en detectar las fobias de cada cliente y se esforzaba en ponerlas en su túnel. Arañas, cuchillos afilados, serpientes, monjas diabólicas, acosadores, políticos de toda índole, cualquier novedad era buena si contribuía a provocar orines.

El éxito y el refinamiento en su Túnel de los Horrores hizo que cada vez se aventuraran menos clientes. ¿Quién tiene ganas de visitar sus peores pesadillas? Desde luego no era divertido.

Una noche, en un exceso de celo, despidió a todo su equipo. ‘Nadie mejor que yo entiende el miedo, por eso tendré que horrorizar yo mismo’, les dijo a modo de finiquito. Desmanteló las instalaciones, desclavó las telas de araña, arrancó las cortinas del cuarto de la poseída. Nada de todo eso le parecía ya horroroso. No eran más que expresiones pálidas del verdadero miedo. ‘El verdadero miedo consiste en la única pregunta que no queremos hacernos’, pensaba cada vez más ensimismado.

La feria tuvo que marcharse pero al dueño del Túnel le pareció más adecuado tomar su silla de mimbre y adentrarse en el pueblo. ‘Si la gente no viene al miedo, el miedo se dirige a la gente’, dijo entrando en la plaza del mercado. Se acercó a un guardia urbano que parecía ensimismado en su misión de proyectar su autoridad frente a los ciudadanos.

‘Perdone, agente’, le dijo el maestro de los horrores, ‘¿Puedo hacerle una pregunta?’

El laberinto del Minotauro

Somos tan ingenuos que pensamos que la mitología sólo pertenece a los libros y a la Historia y que los retos a los que se enfrentaron antiguos héroes no están hechos para nosotros. Nada más lejos, sin embargo, de la humilde realidad. Si no, para ti va este ejemplo.

‘A diferencia de lo que cuentan los libros, el hilo que Ariadna le entregara a Teseo no era de seda. Teseo nunca viajó a Creta ni se adentró en un Laberinto donde habitaba un terrible monstruo mitad Toro mitad Humano. En lugar de eso, ocurrió una de las más hermosas historias de amor que han contemplado los poetas.

Simplemente cayó muy enfermo víctima de su propia falta de esperanza y de un dolor muy profundo que guardaba ignorante en lo más profundo de su ser. Ariadna no era hija de un rey pero sí representaba la esperanza perdida de Teseo.

El héroe, enfermo y delirante, vagó confuso por el laberinto en busca de su peor pesadilla. Fue dejándose caer en la maraña de confusiones de su espíritu en busca de su peor fantasma. Todos tenemos un fantasma terrible al que no nos enfrentamos convencidos de que sucumbiremos. Muchas veces Teseo creyó perderse, pero un hilo invisible de amor le ligaba a Ariadna. Ella lo tejía con su sentimiento y sus rezos mientras el héroe, postrado en su enfermedad mortal, se adentraba en los oscuros pasillos del subconsciente. ‘No hace falta tomar este hilo invisible con las manos’, se decía en sueños, ‘para saber que estás ahí, acompañándome’.

Teseo llegó a la cueva más profunda de su espíritu y vio la terrible imagen de la verdad que le habitaba. No necesitó de armas, le bastó con su noble corazón para aceptarla. Se unió al Minotauro y aceptó su destino.

Sin embargo todo sacrificio tiene su puerta dorada y de pronto tiró de él un hilo de amor que sutilmente lo sujetaba. ‘Vuelve, Teseo, vuelve’, le susurraba Ariadna. ‘Después de la renuncia no es necesaria la muerte’. Y Teseo supo volver a la vida, liberado ya de sus fantasmas.

No sabremos nunca cuántas veces hemos hecho tan poco y el mundo entero lo ha agradecido tanto.

La leñadora

Tu cuento es un camino en un bosque. Es un camino delgado, sinuoso, como el acorde de una guitarra eléctrica: tenso, estridente a veces, oscuro y salpicado de afiladas piedras. Tus pasos son descalzos o como mucho de alpargata. No sabes qué te acecha a los lados, en la espesura y, por eso, sigues el hilo de sendero casi de puntillas.

Leñadora, pero delicada. Con el hacha en la mano abres caminos que nadie habría inventado. Tu filo mellado, rudo, abre brechas entre los miedos densos. No serán vías perfectas, no serán ideales ni trazarán un mapa de carreteras romano, pero adentras la luna en cada centímetro robado al bosque. Y he aquí algo que no sabes: que todo bosque desea ser conquistado y toda bestia domada por su legítima Señora. Y si el ramaje se abalanza de nuevo sobre tus espaldas no es para cerrarte el paso o dificultar tu trabajo, sino para seguirte con todo el amor que se le pueda suponer a las zarzas.

La escalera de caracol

Al pie de la oscuridad das el primer paso. Atrás has dejado el camino largo del páramo. Palpas el muro cubierto de yeso para emprender los peldaños y en tu mano brilla tenue el polvo blanco. Durante mucho rato subes pegado a la pared, los pies enzarzados en su lucha contra los peldaños estrechos. Dentro del muro la oscuridad es absoluta, pero te empeñas en abrir los ojos y afilarlos al máximo como si fuera posible distinguir algo. No te sirven los ojos, tienes que fiarte de tus pies y de tus manos que reconstruyen para ti el universo conocido. Estás ascendiendo, eso lo sabes, pero darías todo cuanto tienes por encontrar una simple brecha desde la que contemplar la luna o una estrella o la colina fresca que dejaste atrás.

Darías lo que fuera por saber si estás muy arriba o a penas te has alzado sobre el nivel del mar. Siempre es de noche en esta larga escalera de caracol y todas las curvas parecen iguales. Pero decidiste entrar y ahora, en el límite de lo soportable, piensas que si renuncias y decides bajar volverás a perder la noción de la distancia y del tiempo y bajarás y bajarás hasta que creas que no hay un final y sientas miedo y quieras volver a subir. Así que en estas ocasiones respiras una mezcla de salitre y de yeso húmedo y arañas la pared para dejar una marca con la que esperas no volver a encontrarte.

Y he aquí que en el momento menos esperado llegas arriba y descubres que eres farero y que tu primera misión para el mundo consiste en prender la luz que guíe a los barcos. ¿A que no era tan complicado?

Historia de 'A'

'A' fue educada en una Institución privada de prestigio. Siempre

sacaba las mejores notas y en todo era la primera de la clase. De tan recta como era, llegaba a ser severa. Solía reprocharle a la ‘B’ que fuera tan golosa y a la ‘C’ que fuera tan abierta. ‘Un día te van a dar por ahí’, le decía con la muñeca doblada sobre la cintura y el índice tieso en la otra mano. Tenía, de hecho, consejos para todo el becedario. ‘J’ yo te veo muy colgada; ‘R’ te ha salido cola por desvergonzada; ‘T’ me pareces muy aburrida; ‘X’ siempre vas de incógnito.

Para descargarse cuando la criticaban solía decir que ella no escogió ser la primera ni tampoco tener familia tan importante como el Aleph hebreo, el Alfa griego o el Alif árabe. ‘A cAdA uno le tocA lo que le tocA’, decía antes de darse la vuelta y enrollarse con unas cuantas consonantes.

Pero como toda primera dama tenía envidia de las demás vocales. ‘Vosotras las consonantes sois unas promiscuas’, gruñía, ‘Os vais con cualquiera que os haga sonar’. No lo decía, pero este comportamiento la desesperaba. ¿Por qué no podían servirse únicamente de ella? ¿No era ella la cabeza de familia, la reina del Alfabeto? ¿No estaba acaso presente en las palabras sagradas y en las primeras voces de los niños?

La habían educado para ser importante y se veía con frecuencia reducida a secundaria. Y en algunos idiomas incluso la desestimaban para nombrar cosas tan importantes como el Amor. ‘Los ingleses son unos sinvergüenzas. Además me pronuncian como les da la gana’, decía. ‘Claro, que de amor los ingleses no entienden, en cambio los franceses...’

La tensión entre su educación y su experiencia la llevó a una profunda depresión y por un tiempo des.p.reció de los diccion.rios. Pronto l. situ. ción fue insostenible y todo el .beced.rio se reunió de urgenci.. Decidieron que lo mejor er. dej.r un mens.je.

‘Querid. ‘A’, entendemos por qué te h.s ido. P.r. cu.lquier letr. supone

much. presión ser l. primer.. Sin emb.rgo nosotr.s siempre te hemos .poy. do. . pen.s serí.s un grito desg.rr.do o un gemido de pl.cer primitivo sin tod.s l.s dem.s. No querr.s ser rud.. Vuelve y junt.s pronunci.remos todo lo s.gr.do.

Posd.t.: s.bemos que todo lo que querí.s er. ser perfect..

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA, dijo 'A'.

'Gracias a vosotros ya he vuelto', dijo agradeciendo de corazón la misiva. 'Pero que nadie se piense que voy a ser más blanda. ¡No sería una buena reina si no estuviera afilada!'

El relojero

Su noble oficio de relojero le traía últimamente algunos disgustos. Era un mecánico preciso y materialista para quien cada diente de cada rueda tenía una misión exacta que cumplir en un periodo de tiempo contado. 'No hay cálculo infinitesimal que se me escape', solía decirle a sus clientas más veteranas. 'Yo sólo quiero que se me asome el cucu', le contestaban.

Claro, claro, pensaba el relojero, pero para que el bicho aparezca tienen que suceder antes miles de cosas. Decenas de piezas tienen que danzar con precisión durante una eternidad de segundos para que el pajarito de la señora se pronuncie. '¡Nadie entiende que estamos hablando del tiempo!', murmuraba con el ojo clavado en la lupa y el flexo de luz totalmente encorvado sobre sus pinzas.

Esta era su verdadero caballo de batalla. Para la mayoría de sus clientas los relojes servían para decirles cuándo debían tomarse la pastillita. Pero,

para él, cada reloj era una trampa sabiamente labrada para capturar el tiempo, eterno fugitivo. ‘Un día le daré caza’, se decía hincando las pinzas en un mecanismo de cuarzo. ‘Y el tiempo será mío’.

Una tarde, justo antes de cerrar, un cliente extraño le trajo algo desconcertante: un reloj de arena. ‘¿Pero cómo pretende que controle con exactitud la cantidad de granos de arena que caen por el agujero?’, le gritó a su gato cuando el cliente se hubo marchado. ‘¡Un reloj de arena! Menuda ocurrencia. Evolucionamos para que los relojes sean más precisos y me vienen con esta máquina rudimentaria’.

Pero no se dio por vencido. Desmontó el aparato y contó todos los granos. Eran 13.345.897 granos. Luego los pesó y los subdividió por densidad y composición mineral en ocho categorías. Su objetivo era distribuirlos en el recipiente de manera que gracias a la física elemental cayeran a un ritmo exacto que debía dar como resultado 32 minutos, 15 segundos y 27 décimas. Ni una más ni una menos.

Calculó también las distintas probabilidades de que el cliente girara mal el recipiente y diera al traste con sus previsiones. Pero no consiguió aislar ningún número primo. ‘Este reloj no lo puede usar cualquiera’, se dijo. ‘Es más, este reloj sólo puede usarse una vez. Con dos ya no sería exacto’.

Cuando por fin apareció el cliente el reloj estaba ya perfectamente montado, grano a grano, listo para que un gesto preciso de muñeca lo pusiera en marcha y corriera el tiempo calculado.

‘Verá señor’, le dijo el relojero a su cliente’, tendría que instruirle durante un tiempo para que de la vuelta como es debido a este reloj. Si no, no puedo garantizar que sea preciso’. Pero el cliente extraño, sin inmutarse, le dio un manotazo al reloj y lo tiró al suelo. La arena se desparramó por

las baldosas de la relojería y el artesano, como loco, se lanzó al suelo para rescatar algunas décimas de segundo. ‘Pero qué hace hombre de Dios! ¡Con lo que me ha costado!’.

‘No importa’, dijo el hombre, ‘Me parece muy bien el esfuerzo que ha puesto en ello y le pagaré en consecuencia. Pero prefiero que mi tiempo continúe siendo libre’.

El mordisco

Érase un hombre que todo lo mordía. ‘Soy un mordedor nato’, se decía. Le gustaba la tensión de los músculos, la presión sobre la presa, la fuerza que ponía en juego, pero lo que más le gustaba era dejar huella: en el cuello de su novia y en las manos de las señoras respetables, en una mesa de madera del siglo pasado y en los impresos de Hacienda.

‘Del mordisco soy un artista’, declaraba riendo tras haber hundido sus colmillos en otro contrato de trabajo. Y es que los curros no le duraban demasiado, porque no todo el mundo le comprendía. ‘No importa’, le decía a sus padres, ‘Estoy estudiando ser representante de mordiscos. Creo que existe un nicho de mercado’.

Su novia a veces se quejaba de las marcas, pero él siempre le respondía con dulzura que si se limitaba a besarla todo su amor se desvanecería con el primer golpe de aire y que el amor también dolía. Ella, en realidad, estaba encantada. Con frecuencia exhibía los mejores mordiscos de su chico entre sus amigas. Éstas criticaban tamaña tendencia pero en el fondo se excitaban y pensaban: ay si mi Paco me mordiera un poquito de vez en cuando, o ¿por qué nunca me clava los premolares?.

A causa de las envidias y de una mentalidad de retaguardia estuvieron a punto de denunciarle. ‘¡Agresión lo llaman!’ se escandalizaba el mordedor. ‘Es amor en su mayúscula expresión. Yo solo muerdo a los que aprecio’, se justificaba. Y era verdad, porque a sus enemigos se los tragaba de una pieza. ‘No querrán que encima los saboree’, se justificaba. ‘Pero hijo’, le contradecía su padre, ‘puestos a comerte a tus enemigos, mastica bien, un día te vas a atragantar’.

¡Pero es que le molestaba mucho usar con ellos los dientes! Algo tan íntimo en la carne de un enemigo no podía ser. ‘Mira hijo’, le dijo un día su padre viéndolo confundido. ‘Estoy muy orgulloso de ti y de la manera que demuestras cariño. Me gustan tus mordiscos y es bueno que dediques los mejores a tu familia, pero si no masticas bien a los enemigos nunca vas a saber lo que te has comido’.

Desde entonces actúa sin reparos para lo bueno y para lo malo, y su novia y sus enemigos se echan a temblar por igual, aunque por distintos motivos, cuando le oyen decir: ‘Cuidado que muerdo’.

La trapecista hipersensible

Cuando de niña se la llevó el circo una de las primeras cosas que hizo fue visitar a la Madame Adivina. Encerrada dentro de su máquina de cristal, comunicada con el exterior exclusivamente a través de una ranura para monedas, la Madame Adivina tenía muchas ganas de que una niña le pidiera un deseo. Por eso, aunque Rosanna no tuviera monedas escuchó atentamente lo que su ánimo pedía.

A la mañana siguiente ya era una niña hipersensible. Todo la emocionaba: el roce de una sábana, la humedad de la mañana, una brizna

de hierba entre los dedos, cada paso, cada gesto, cada sonido del universo. Pasó años viviendo un estado tan tremendo de exaltación. La hacía muy feliz pero al mismo tiempo la desesperaba. Como si un rey midas fuera, no podía tocar nada sin que la removiera en lo más hondo. Estaba muy cansada. ¿Qué tal un poco de silencio?

Pero incluso el silencio la embriagaba y en el circo todos la conocían por los tumbos que daba.

Se hizo trapecista para atenuar tantos estímulos. El aire ofrecía poca resistencia y los segundos que pasaba suspendida en él eran los más pacíficos del mundo. No tenía miedo al aire, porque la mera idea de navegar durante unos instantes por el espacio la llenaba de gozo, con lo que se hizo una extraordinaria trapecista.

Empezó a pasar cada vez más tiempo en el trapecio y menos en el suelo. Tanta sensibilidad le dolía. Ingenió mil excusas para no bajarse nunca. Tuvieron que trasladar el circo sin desmontar la carpa porque ella insistía en que su próximo número requería mucho entrenamiento. Cada vez la conocían menos. Y al final se olvidaron de ella.

Las funciones continuaban, pero ya ni siquiera anunciaban su número. Ella iba y venía de trapecio en trapecio y el público de vez en cuando creía ver una sombra furtiva cruzar bajo el techo de la carpa. Pero como ya no apuntaban los focos, todo quedaba en nada.

Una noche, desesperada, la trapecista buscó un poco más de silencio. Dio cinco volteretas mortales y todavía tuvo tiempo de un medio giro antes de golpearse duramente contra el suelo. ‘Este dolor que siento’, pensó, ‘es por todo el que me he ahorrado’. Y sonrió dulcemente antes de perder el sentido del tiempo.

Esperanza

Cuando la Esperanza llegó a los 21 años no sabía el trabajo que se le venía encima.

Hacía muy poco que había dejado de ser Confusión, cuando en su adolescencia algunos lunares habían teñido de negro sus ojos grandes y azules. Pero a pesar de ello su mirada brotaba con tanta fuerza que aún arrastraba las penas a los lados y construía un lecho de buenos rollos para sus amigos.

Más joven aún, cuando era Ilusión, tocaba los objetos con los dedos animándolos y convirtiendo los huesos en carnes. Había venido disparado.

Acababa de dejar a sus espaldas el Dolor y, como quien escapa de una cueva de cíclopes, su piel tierna se olvidó de todo y se entregó al gozo de otras pieles.

Y es que antes fue feto maltrecho

y antes una variación subatómica

y antes un ente sufriente que vagaba en busca de un propósito y que, de pronto, recordando sus existencias pasadas, se dijo:

‘Ya lo tengo: en la próxima vida seré Esperanza.’

El desván

Cuando niña jugaba a esconderse en el desván que había en la casa de sus abuelos. Nunca la encontraban. Eso la ponía muy contenta, porque

demostraba que sabía esconderse; pero también muy triste, porque pasaba mucho tiempo agazapada entre sombras y soledad. A veces veía subir a su abuelo trabajosamente al desván; asomaba la cabeza por la escalera y ella apretaba los puños muy excitada, deseando con todas sus fuerzas que la descubrieran. Pero el abuelo solía descartar ese escondite porque le parecía muy extraño que una niña quisiera meterse en un lugar tan oscuro. Lo peor era que cuando volvía a bajar apagaba la lucecita de la escalera y a ella le parecía que de pronto no sólo su escondite era oscuro, sino también el camino de regreso a la planta baja. Por eso se lo pensaba mucho antes de volver abajo y había veces que hasta el abuelo se cansaba de buscarla. Entonces, solo después de mucho tiempo, la niña se acercaba a la luminosa galería, donde su abuelo leía la prensa, con las manos en la espalda y una sonrisa forzada que decía: \ 'No me has encontrado, abuelo, no me has encontrado\ '.

Dos ramas

¿Por qué no un árbol con una sola rama? O mejor dicho, con todas las ramas en una? Crecería recto, firme, seguro, de punto a punto. Y sería vertiginoso. Pero no, tenía que dividirse. Tanto trecho juntos, tanto ser la misma cosa cuando empezamos, la misma semilla, para tener que dividirnos ahora. Y tú ser rama y yo ser rama. Y cada uno con sus propias hojas. ¡Que es el colmo! Entiendo que para dar fruto tengamos que dividirnos, que así cubriremos más territorio, tendremos más experiencia, pero coño, ¿no podríamos entrelazarnos?

‘Ya lo hacemos’, me contestas, serena. ‘Cuando el viento sopla fuerte nos besamos’

El largo corredor

Cruzaba todo el palacio de extremo a extremo, de la cocina a los salones. Era un pasillo profundo, protegido del exterior por largos y pesados cortinajes. El pasillo en sí era tan estrecho que solo dejaba lugar para el cuerpo de un hombre delgado, pero luego se ensanchaba a medida que las paredes se extendían hacia los techos altos, casi escarpados. No había, pues, muebles a lo largo del longitudinal corredor, ni nada a lo que asirse, ni tampoco puertas que condujeran a alguna cámara de reposo. Solo enormes cuadros de marcos métricos cuyas telas a penas podían verse de tan angosto como resultaba el punto de mira.

Un mayordomo recorría el largo pasillo varias veces al día. Ese era casi su único trabajo. Portaba la bandeja con el té, volvía a por azúcar, cambiaba las cucharillas, traía un tentempié o un vaso de agua. Y en cada ocasión tardaba treinta y cinco largos minutos en completar el recorrido. No tenía, pues, tiempo en su día laboral para otra cosa y, considerando que la mayoría de las veces los Señores pedían un vaso de leche a medianoche, tampoco le quedaba mucho libre.

Había otros mayordomos y otras ocupaciones. Había oído decir que justo al otro lado de los muros de su pasillo se sucedían las salas nobles, salas de música, de pintura, de descanso, de recreo, cámaras secretas y cuartos de coser. A pesar del denso cortinaje su bandeja temblaba en ocasiones cuando creía provenir del otro lado un eco entrecortado de risas. O de llantos.

¿Y arriba? ¿Qué habría más allá de la oscuridad cenital apenas censurada por los ineficientes candelabros? ¿Luz, si acaso? ¿Era de esa remota ilusión que provenían los fugaces y misteriosos reflejos que a veces brotaban de la tetera de plata? ¿Y si ese no fuera el misterio? ¿Y si

el misterio fuera que ese corredor, de tan largo, terminaba siendo curvo e incluso circular? ¿Podía asegurar que no estaba rodeando todo el palacio en vez de atravesarlo? Quizás la cocina estaba justo al lado de los salones y él estaba tomando el camino más largo.

En realidad nadie le había dado instrucciones para hacer su trabajo de mayordomo. Las había tenido que suponer todas.

Supuso que un gran palacio debía contar con un largo corredor oscuro lleno de cuadros, de techos altos, y que un buen mayordomo recorrería incesantemente ese pasillo transportando pequeñas cantidades de comida y bebida; supuso que debía evitar hacer el menor ruido a pesar de que las alfombras y las cortinas lo amortiguaran; supuso que era normal no ver nunca a sus Señores y haberse acostumbrado a no oír tampoco la campanilla cuando le reclamaban: siempre suponía lo necesario para cada momento.

Tenía todo el tiempo del mundo para hacer especulaciones. O al menos todo el tiempo que se le pueda suponer a un mayordomo medio ya entrado en años. ¿O también había supuesto que era el mayordomo?

La playa

Era una playa que tenía dos orillas. De un lado venían olas de mar en calma, suaves, redondas, que tendían su espuma blanca. Del otro lado se acercaban olas rudas, ásperas, que escapaban de un océano en llamas.

La playa mantenía un digno equilibrio entre las dos. Bueno, más que digno, era titánico. Tenía las dunas mareadas. ‘¡Más a la derecha!’, les gritaba, ‘¡No! Reagruparos a la izquierda!’”. Intentaba contrarrestar con

las dunas el efecto de las olas, pero no podía adelantarse a ellas porque todas, vinieran de donde vinieran, eran caprichosas.

Consciente de su situación la playa se preguntaba para qué servía. Primero pensó que servía para separar el mar del océano. Pero se dijo que si el océano quería adueñarse del mar podía hacerlo, porque de todos era el más grande.

Luego creyó que quizá estaba allí para unirlos desapareciendo, soltando cada vez un poquito más de arena. Se imaginó uniendo al océano y al mar como un hermoso sacrificio.

Pero en esto que un chapoteo le derrumbó una duna y gritó a ambas orillas: “¡No me toquéis la duna! Os dejo acercaros, pero por cada grano de arena me daréis cien perlas”

Y dicho esto la playa se sumió de nuevo en sus hermosos sueños bañados de luna.

Hormigas, matemáticas, universo

Era una fila de hormigas que transportaba el universo. Desde hacía generaciones lo cargaban en pequeñas dosis a sus espaldas y lo conducían a su profundo hormiguero.

Un día, agotadas por el esfuerzo, se preguntaron: ‘¿Ya cabrá todo el universo en este hormiguero?’ Y entonces la Hormiga Reina sacudió sus antenas y les dijo: “El Universo no es grande ni pequeño, y bien podría caber entero entre vuestras mandíbulas”. Luego siguieron arrastrando migas de universo y acomodándolas en las galerías oscuras de su castillo de arena.

Las hormigas obedecían con devoción a la reina madre, pero no dejaban de hacerse preguntas, siempre inquietas. “¿Y cuando lo hayamos reunido qué? ¿No tendremos que volver a ponerlo donde estaba?”. Y una vez más, la sabiduría de la Reina habló y les dijo: “El Universo no tiene hogar ni lugar, sino que existe donde se le experimenta”.

La fila interminable de hormigas trabajaba sin descanso y de nuevo volvió a tener una pregunta importante que hacer: “El Universo es infinito, ¿Cuándo vamos a terminar nuestra tarea?” Y por tercera vez, la Reina, levantó sus gigantescas antenas con dulzura, hizo silbar sus mandíbulas y por todas las galerías del hormiguero pudo oírse su respuesta: “Podéis terminarla ahora, si queréis. Pero si el Universo se detiene, ¿dónde tendrá lugar la experiencia?”

Los espejos del alma

Cuando entré en tu tienda supe que era mágica y ahora entiendo que estuve suspendido entre espejos del alma.

Espejo del alma es el que ya nada proyecta, sólo refleja. Y donde una imagen es mil veces multiplicada entre espejos convencionales, con los del alma esa imagen es una y completa. Es pura. “Exacto”, suele decir el espejo del alma.

Muchos se preguntan si esos espejos tienen conversación entre ellos, si intercambian datos, experiencias. ¿Acumulan conocimiento los espejos del alma? Quizá no tienen nada que acumular porque ya están llenos. O vacíos, que va a ser lo mismo.

Un espejo del alma puede ser muy pequeño, atómico. A cada uno

le rodea un mundo de anécdotas cambiantes, de sufrimientos estirados, de revoltijos revolucionarios, de trayectos zigzagueantes en busca del mejor ángulo donde plantarse, de energías repentinas, de orgaaaasmos, un rostro hermoso, un dolor en la espalda, una cervecita por la mañana. Y cada mundo está en permanente expansión y movimiento. Un espejo del alma cumple la función de preservar el fin último de todo universo. Es inquebrantable, incorruptible, porque es simple.

El individuo de esta dimensión humana que cae en medio de un grupo de espejos del alma se somete a sí mismo a un examen profundo, donde hay líneas de texto atravesando el estómago, e indecisión en el gesto. El hombre ignorante no sentirá nada, porque los espejos no dicen palabra. Pero el hombre sensible se verá a sí mismo, entero, completo, en cada uno de los espejos.

El equilibrista

Se le daba muy bien la guitarra porque era equilibrista. Saltaba de cuerda en cuerda como si nada. Para eso no tenía problema el equilibrista. Incluso se lo pasaba en grande, como un niño, haciendo temblar las cuerdas y sometiéndose al riesgo de caer al vacío.

Si bien nunca ha caído y no sabe lo que es el vacío. ¿Será bueno? ¿Será malo? ¿Cómo voy a saberlo si no caigo? Pero si caigo, ¿sabré volver? ¿Habré perdido mi capacidad de rizar el rizo?

Por fin el equilibrista, un día, se deja caer, llevándose todo su equilibrio al abismo.

Cordón umbilical

A punto de nacer todos dudaban ya de quién había alimentado a quién. ‘La mujer al feto, por supuesto’, diría el médico pediatra. ‘El cordón umbilical es unidireccional!’. El médico se explicaba muy bien con términos científicos y académicos. Podía recitar de memoria la composición química de todos los nutrientes y la raíz cuadrada de todo el oxígeno que había consumido el feto. ‘Que no es poco’, añadía. ‘Desde mi posición de experto digo que es la madre quien alimenta al niño y no al revés’, dijo con los ojos entornados para zanjar la discusión.

Nadie de la familia carecía de sentido común y aceptaban el criterio médico, pero entonces ¿por qué dudaban tanto? ‘Pues yo sigo pensando que aquí pasa algo raro’, dijo el cabeza de familia. ‘Mi mujer dice que el bebé le devuelve cosas. Dice que selecciona. A ver como vamos a consentir nosotros esto ! No ha nacido todavía y ya está faltándonos al respeto !’.

En casa eran todos muy religiosos. ‘Al pan pan y al vino vino !’, solía decir el cabeza de familia en cuanto se había leído el periódico de la primera a la última página. ‘Existe un orden de cosas, un principio, un medio y un fin. Vivan las secuencias !’.

Al hombre le fascinaba la creación de la vida. Él era el impulso primigenio, el VERBO que, en forma de semen había puesto en marcha una nueva existencia con sus cadenas de ADN, sus causas y consecuencias, sus días seguidos de sus noches, su tiempo constante y sonante, su nacimiento y su muerte. Para él, el gran Inseminador, la muerte era parte del programa que legaba. Por eso al principio hizo broma pero luego fue palideciendo al darse cuenta de que el bebé tenía preferencias, tomaba decisiones e incluso, para desgracia del nombre familiar, había estado en huelga de hambre.

‘No me come, Paco, te digo que no me come’, decía entre sollozos la mujer embarazada.

‘Pues ciérrale el grifo de verdad y ya verás como se le pasa !’, tronaba severo el hombre.

A los nueve meses la situación se había hecho insostenible. La mujer no paraba de engordar y de tener sueños extraños en los que su hija crecía para atrás, desde muy viejecita, para terminar metiéndose en su tripa, alimentar su placenta y hacerse tan, tan pequeña, que al final, en una noche de pasión, lograba escapar y volver al sexo del hombre, donde por lo visto tomaba acomodado.

Mientras, el cabeza de familia no paraba de dar vueltas de pie sobre la cama, con las manos en la espalda. ‘Ya verá cuando salga, ya. Le voy a leer la papeleta’, le decía indignado a su mujer, que se mareaba.

Por fin llegó el día del parto y el médico les aseguró que no había nada raro. Se hicieron los preparativos y el matrimonio acabó relajándose y confiando en el buen criterio del médico, que estaba muy bien considerado en la comunidad.

‘Bah’, dijo el marido justo cuando el pediatra sacaba a la niña del vientre de su mujer, ‘seguro que todo ha sido una fantasía’. Pero en cuanto estuvo fuera, y antes de que nadie pudiera hacer nada, abrió sus enormes ojos para dar a luz a sus nuevos padres.

La bibliotecaria

La bibliotecaria recorría los estrechos pasillos de una gigantesca biblioteca de Babel. Había ido a buscar un libro que le habían pedido.

Para encontrarlo tenía que subir cientos de escaleras, atravesar pasadizos, abrir puertas secretas que requerían paciencia y estudio. Las rutas eran complejas y nunca podía volver por el mismo camino. Lo único con lo que contaba era su pequeño farolillo de metal, con el que arrancaba luces a las sombras y a penas iluminaba los lomos de los libros. Cada paso que daba le descubría un mundo y le ocultaba otro y su corazón sentía al mismo tiempo la emoción del hallazgo y el peso de la renuncia inmediata.

Empleaba mucho tiempo y esfuerzo en dar con el libro preciso, tal era su deseo de ser eficiente en su trabajo. Quizás era por eso que no tenía muchos clientes la biblioteca, porque tenían que armarse de paciencia.

Pero su verdadero dilema era por el camino encontraba muchos otros que le interesaban y a penas se daba el tiempo de mirarlos. Un título por aquí, el lomo desprendido de otro por allá. Y cuando terminaba con su encargo no recordaba nada. Desesperaba porque el celo en su trabajo la torturaba. “Si me detengo aquí pierdo el hilo de mi destino. Si me distraigo con estos estímulos podría olvidar el encargo y ¿cómo volver con las manos vacías?”. Por eso en cada encargo que cumplía perdía mil mundos.

Un día un cliente le propuso un encargo extraño: “Quiero que me traiga el libro que más le guste. Escójalo con tiempo y no se preocupe por mí. Estaré esperando”. La bibliotecaria se esforzó en no poner cara de asombro, pero algo la removió por dentro. Salió del mostrador y se plantó delante de los primeros veinte pasillos. Tendió el farolillo por encima de su frente y escogió uno al azar. Luego se detuvo frente a un título que le gustaba y comenzó a leerlo. Al principio se sentía preocupada. “No sé cuánto esperará ese señor tan raro”, se dijo. Pero poco a poco se dejó impresionar por la lectura y sin darse cuenta terminó leyéndolo entero. “Ha sido maravilloso”, sintió rejuveneciendo de pronto. “¿Pero cómo

sé que no me gusta más otro?”. Y dicho esto emprendió un camino sin tiempo ni destino en busca de su propio libro.

La gruta del enano

Dice el enano sobre su gruta: “En mis túneles se esconden las piedras más fabulosas. Con los años, poco a poco, las he ido descubriendo todas”. Al enano le fascina su cueva, porque sabe que es profunda, porque sabe que no podrá nunca acabársela toda. También dice el enano, sereno junto a su pico: “Desearía recogerlas todas y darlas en mano a un afortunado para que conociera el encanto infinito que encierra mi reino. ¿Pero qué valor tendría sino el de una simple moneda de cambio? Mejor que se adentre libremente, si quiere, el aventurero, el espeólogo, el buscador de tesoros, porque no me opondré a sus hallazgos”.

Dice el explorador acerca del enano: “El enano es sabio. Siempre deja la puerta de su cueva abierta. No la protege pero tampoco la llena de antorchas. Invita a los exploradores a adentrarse en sus misterios, a cazar alguna piedra con la que hacerse rico. Yo he paseado dentro y he visto que las joyas, aunque incrustadas en la roca, ya están muchas al descubierto, deslumbrantes, arrojando destellos en las galerías interminables. Podría tomar cualquiera de ellas en la mano, arrancarla y llevármela. El enano no hace la menor guardia. Pero sabe que dejaría a oscuras un rincón bellamente iluminado. ¿Y qué explorador querría cambiar luces por sombras?”

El agricultor de haikus

“No soy hombre de una sola semilla”, les decía el agricultor con cariño a sus semillas. “Me entrego a todas por igual y todas germinan”. Por eso arrojaba unas especies lejos de otras, para que no coincidieran y sintieran celos las unas de las otras.

Entonces de pronto brotaban jaikus enigmáticos junto al camino, o jaikus jeroglíficos dentro de los establos, o jaikus agudos salían de los armarios. Esparcidas las semillas, el agricultor sin saberlo está cultivando toda la tierra, porque de cada palabra de jaiku que cae al suelo, siembra a su vez un poema nuevo.

Podría concluir aquí la historia, pues la vida de este agricultor es tan intensa como sencilla, pero podemos relatar por ejemplo que una banda de mafiosos acudieron una vez a amedrentarle. “¡Deja ya de plantar semillas sin ton ni son!, alteran nuestras vidas !”. Era cierto. De pronto salía una letra tierna dentro de la sopa, o los niños empezaban a preguntarse qué era el sexo, o una mamá se mareaba porque las cuentas le cuadraban, o un ejecutivo agresivo se había quedado congelado. Pasaban muchas cosas a causa de esas bombas de relojería.

“Mira”, les dijo el agricultor muy tranquilo mientras preparaba su pipa, “Yo sólo arrojo las semillas, el resto está en manos del destino”.

“Pues entonces tu destino es morir tiroteado”, le dijo el mafioso apuntándole con un arma.

“Ah !”, dijo el campesino con cara de sorprendido, “Eras tú el de las semillas malas?”

El camarero

Llevaba una bandeja por vocación, y aunque no servía mesas transportaba en ella toda clase de refrescos, de alegrías de menta, de sorpresas, de tazas llenas de curiosidad y cucharadas de afectos.

A veces, de vuelta de sus paseos de camarero, volvía cargado con los platos sucios, pero era un profesional y no se desanimaba, porque sabía que, cuando menos, su bandeja estaba impoluta.

“Así da gusto cualquier cosa que transportes”, declaró el camarero en una entrevista. “Pero también te cansas y piensas, ¿para qué mesa era este servicio?”. Así que a veces se veía, en sus múltiples viajes, cargando en la bandeja cosas que para nada quería. Y las fue regalando, de terraza en terraza, de ciudad en ciudad, descargando un cortado aquí, un ristretto allá, sirviendo té a la menta y chupitos de canela por muchos rincones.

Y ya hubo un momento en que se sintió ligero y sintió el placer intenso de llevar únicamente la bandeja vacía. Entonces le vino a la cabeza esta pregunta: “Si de pronto nadie pidiera nada, ¿para qué servirías?”

La bandeja no contestó, pero con un gesto veloz se puso a las espaldas del camarero, lo levantó por el trasero y lo sirvió en bandeja de plata.

El martillo

El martillo golpeaba con fuerza a un clavo haciendo saltar las chispas. “Martillo”, decía el clavo, “Cada vez estoy más hundido y tu no desistes. Diría que quieres verme desaparecer. Martillo, dime, ¿Por qué me estás golpeando?”

Entonces el martillo daba una sacudida en falso para golpear a su lado y aprovechaba para decirle, susurrado: “No me lo pregunto porque dependo de una mano, y mientras no aparezca el dedo de esa mano entre tú y yo, no daré mi último martillazo”.

El insaciable

El simple avistamiento de un plato de comida le recordaba que tenía hambre, mucha hambre. ‘A veces se me olvida’, pensaba, ‘si no fuera por mi trabajo en este restaurante me olvidaría de mi apetito’. Cuanta más comida veía, más hambre sentía, al revés que los clientes, que solían dejar de lado la mitad de sus copiosos platos.

“¿No le ha gustado el estofado?”, preguntaba a un señor con barba mientras su estómago palpitaba emocionado ante la perspectiva de terminarse el plato en la cocina. “Es que he comido mucho”, respondía el cliente mirando al camarero como si no le entendiera y separando mucho las manos para dar a entender la dimensión de la bandeja de carne que le habían puesto delante.

Sin embargo el camarero no se saciaba para seguir dando alimento a su hambre. “Al hambre hay que tenerla bien viva y contenta. Si acabo con ella, ¿quién me recordará que debo comer?”, era su filosofía. Por eso comía lo justo para estar siempre hambriento, nunca saciado. Una vez comió tanto que temió no volver a ver jamás al hambre que tan buenos deseos le había proporcionado. Sin hambre no hay deseos y sin deseos, ¿de qué sirve la vida? Es un tiempo muerto de espera, un letargo, un dormir como un bárbaro con una cerveza en la mano. Es preferible estar rabioso de hambre y sentir que la abundancia está al alcance de la mano.

‘Hambre insaciable, siempre quieres estar despierta’, le cantaba el camarero a su estómago cuando se iba a la cama. Incluso en sueños roncaba la hambruna. El camarero sabía que por la mañana su Hambre le despertaría, luego le llevaría a la ducha para acortar el tiempo del desayuno, luego le llevaría al trabajo para hartarse de servir platos a otros estómagos, y cuando estuviera bien muertita, se deleitaría con lo justo para convertirse en un rumor de fondo. ‘El Hambre ahora está dormida’, decía el camarero después de la comida. ‘Pero tiene el sueño ligero’.

El camarero no lo sabe pero su Hambre tiene un sueño ligero porque se le escapa: y es que sueña con llegar algún día a la meta.

La cruz

Bien hundida en la tierra la cruz sostenía un alma moribunda. ‘La sostengo’, decía, ‘porque el alma moribunda quiere volver al suelo, donde siempre ha encontrado el alimento; y yo la ofrezco al cielo, donde podrá beber hasta saciarse del cáliz divino. ¡Tengo muy claro mi propósito!’

Un romano que por ahí pasaba le preguntó a la cruz, no sin cierta sorna: “Sí, claro, te entiendo. ¿Pero por qué necesitas las cuerdas?”

“Las cuerdas son para el cuerpo, que es rebelde, yo ya me entiendo con el alma”, contestaba la cruz y se ponía toda activa y apretaba la carne contra la madera.

El mismo romano pasó un día más tarde y se sentó junto a la cruz para jugar a los dados. “Cruz, dime”, dijo el romano, “¿cómo sabes que este alma quiere beber del cáliz divino y no la estás obligando?”

“A mí no me vengas con trucos”, le dijo la cruz al romano, “Las almas

no van ni vienen si no es por propia voluntad. Ellas saben cómo hacerlo. Es el cuerpo el que se resiste a creerlo”.

“¿Y no te parece que si el alma fuera tan poderosa podría ocuparse ella misma de su cuerpo y no entregártelo a ti para que lo tortures?”

“Hay muchas almas a las que les da pereza hacerse daño y prefieren que otros les mortifiquen. ¡Ya te dije que tengo una misión muy importante!”

“Pues a mí me parece”, dijo el romano bajando la visera del casco y sacando dos seises con los dados, “Que si le hubieras preguntado al pobre tipo que tienes colgado te habría dicho que lo que quiere su espíritu es bajar aquí y jugar conmigo a los dados”.

“Eso nunca lo sabremos”, dijo la cruz satisfecha, “porque mi cliente acaba de expirar y alzarse hasta lo divino. Y ahora, si no te importa, retira el cadáver que tengo que acompañar a otro”.

El romano se levantó, recogió su espada y se marchó colina abajo murmurando: “¿Sabes qué te digo? Que cada cruz aguante a su muerto”.

Un claro en el bosque

Era una ardilla que solo se andaba por las ramas. Todos sus recados los hacía saltando de árbol en árbol. No le gustaba bajar a tierra. “Es peligroso”, decía, “y además desde aquí se ve todo mucho más claro”. Como siempre encontraba fruto entre las ramas de los árboles y el bosque era denso, nunca había tenido que tocar el suelo.

Un día que se alejó mucho de su territorio llegó al borde de un claro y le molestó mucho no poder saltar al otro lado. “Si no voy a donde quiero

¿no estaré en una jaula?”

Enfadada con ese límite empezó a arrojar semillas al descampado para sembrar árboles que le permitieran volar al otro lado.

Pero el plan no prosperaba. “No bastará con tirarlas, habrá que bajar a enterrar las semillas”. Por primera vez se dejó caer al suelo. La primera semilla la plantó a un metro del árbol más cercano al claro. Antes de volver sintió el musgo entre sus dedos. La segunda la plantó un poco más lejos, y tuvo que pasar por una alfombra de helechos. Con la tercera se llegó hasta la hierba; la cuarta la hundió en el barro; la quinta en tierra dura y a la sexta estuvo frente a la gran piedra. Se subió a ella y miró en rededor.

Veía un círculo de árboles rodeándola, templos vegetales que la proveían de sustento y de protección, todos parados a unos metros de ella, como si la contemplaran. Pensó que nunca había tenido una vista tan bonita de su propia casa, ni su casa había tenido la ocasión de verla tan bien a ella.

Entonces imaginó que una hilera de abetos obstruía esta perspectiva y corrió a desenterrar las semillas para que no se adentraran en su nuevo templo.

La comba

Dos niñas jugaban a la comba, que trenzaba hermosas parábolas sostenida por los extremos. Una mano la tendía fuerte y la otra la distendía; una la elevaba, la otra la hacía volar a ras de suelo. Pero no permitían que los niños saltaran a la comba. No querían ver torcer el gesto a la cuerda y que, de pronto, transformara su sonrisa en silencio.

“Lo que hacemos es magia”, decía una de las niñas a uno que por ahí pasaba. “Y la magia tiene un precio”.

“Entonces, decía el niño, “¿Qué precio debo pagar para saltar con vosotras a la comba?”

“Nuestra cuerda es sutil”, comenzaban, “Tiene una vibración especial y es muy fácil que la interrumpas. Además es muy sensible a nuestra naturaleza. Se mueve según quién de nosotras la mueva, pero nunca sabes a quién de las dos obedece, si no es que la obedecemos nosotras a ella.

A veces se afloja y a veces se tensa. A veces la cuerda quiere que subas al cielo y otras, en cambio, quiere ver tus pies sobre la tierra; en ocasiones lo mejor es que sepas aguantar la respiración o bien lo adecuado es gritar como un poseso; puede que corras o que vuelas, puede que hagas pasos tan lentos que sientas que no estás saltando; ¿Podrás tú hacer todo eso?”

El niño se quedó pensando un rato, y al fin dijo: “Pues no puede ser tan mágica cuando no puede hacer saltar a cualquiera”.

Las niñas se miraron, miraron la cuerda, la tiraron y se fueron de paseo con el niño cagándose de la risa.

El hombre que ya no podía escribir

Un escritor que no escribe no es nada. Y a los escritores no les gusta la nada, porque en ella no hay palabras. Bueno, solo hay una pero ni siquiera se pronuncia. Este escritor, que pensaba que la página en blanco no existía, se encontró de pronto con un paquete de cien folios sin abrir.

“Sin palabras, ¿qué va a ser de mí?”, se decía compungido. Ya ni siquiera podría cambiar palabras por alimentos.

“Ya no me salen las rimas, ya no siento la magia de las palabras, ya no me siguen las musas, ya no tengo limpia la mirada”, cantaba noche y día el escritor destronado.

Las pocas palabras que le quedaban fueron marchándose una tras otra, agobiadas por el estado de ánimo del creador.

El escritor cayó en una profunda depresión y eso aceleró el proceso. Poco a poco el abecedario se hizo analfabeto.

Un día que el escritor deprimido estaba asomado a la ventana, un pensamiento oscuro emergió. “Ya sólo me queda una palabra: Escritor. Si la dejo caer será como suicidarme, de manera que da igual si me tiro yo o la tiro a ella”.

Y riendo a carcajadas la arrojó por la ventana.

El monolito

Un flamante monolito estaba erguido en la sala principal de un museo de arte. “La gente me ve como una pieza de piedra”, decía el monolito. “Pero dentro de mí han habido muchas cosas. Yo he sido adorado, venerado, devocionado. Ante mí se han cometido sacrificios y se han castigado pecados, he sido testigo de ceremonias secretas sólo para iniciados. He sido parte de la tierra y del cielo, cuando estaba a solas. También me han fotografiado, medido, calculado; conmigo han especulado y me he convertido en oro. He sido transportado (por una vez permanecí tumbado, aunque un poco incómodo), clasificado y almacenado. En el almacén no era nada. De pronto me he visto en esta sala de un museo, próximo a otros monolitos, aunque ninguno es tan

grande como yo. Desde entonces nunca soy el mismo. Un día un joven me hace pasar por su padre, otro una señora por su anhelado amante, ayer el vigilante me miraba con miedo. Me pregunto si realmente soy sólido como el granito, o estoy hecho de una materia que penetran todas las cosas”.

La manta

Cubierta completamente por la manta, no paraba de hablar. Hacía mucho frío fuera, estaba segura, aunque hacía horas que tampoco lo comprobaba. Al principio permaneció en silencio. El silencio del calor bajo la manta era tan agradable que cerraba los ojos y dormía profundamente. No necesitaba expresar nada más que su satisfacción y eso podía hacerlo con una sonrisa.

Al fin dijo: hace calor. Pronunció las dos palabras en voz alta, pero no fueron muy lejos. Enseguida chocaron con la manta y volvieron a su boca. Eso le dio más calor. Volvió a pronunciar las palabras y esta vez se aseguró de que no volvieran a sus labios. En cambio, las palabras se fueron a ocupar un rincón vacío a los pies de la manta. Ahora sentía esas palabras haciéndole cosquillas entre los dedos: “hace calor”, “calor hace”. Luego sintió la necesidad de añadir ‘Mucho’ al grupo de palabras, y luego “uf” y luego “que me ahogo” y luego “necesito aire”.

Al cabo de un rato largo habían tantas palabras bailando bajo la manta que empezó a sentirse realmente incómoda: “O las palabras o yo, pero aquí abajo no cabemos todas”.

La presión se hizo insoportable. Pensó en abrir una brecha por donde todas las palabras pudieran salir, aun a riesgo de permitir la entrada

del aire gélido. Le pareció un buen balance: un poco de frío a cambio de liberar la presión de las palabras.

Con el pie izquierdo levantó la base de la manta y una línea de luz fresca vino al encuentro de su cuerpo desnudo. Todas las palabras escaparon sin dudarlo y se quedó de nuevo sola bajo la manta, aunque un poco molesta por la prisa que se dieron en abandonar su nido. “La próxima vez seré yo quien se marche y a ver cómo os sienta quedaros solas bajo la manta!”, pensó mientras volvía a sentir el calor vacío del silencio.

Una historia de escalera

La vecina del tercero se parecía sospechosamente a su gato negro. Vestía de manera que no se notara, con sus afilados tacones y un vestido púrpura que la convertía en un ángel de día. Pero de noche su larga mata de cabello negro se abalanzaba sobre sus hombros y le bastaba un ligero movimiento para transformarse en felino. Quienes la conocían de una faceta ignoraban la otra, de suerte que tenía conocidos en ambas caras de la luna. A ella le gustaba cruzar la frontera entre esos dos mundos, llevando consigo a veces un rasgo inquietante de su identidad opuesta.

A la cara luminosa de la luna traía sombras que ponía en sus ojos y a la cara oscura luces con las que vestía sus manos blancas. “Muy pocos hombres prestan atención a los detalles y sólo un puñado logran cruzar conmigo al otro lado de la luna”, pensaba para sus adentros. Estos pensamientos a veces le parecían oscuros y solitarios. Otras veces la hacían sentir libre y dueña de una secreta tradición femenina.

Como todos los gatos, tenía detractores. Una vecina solía decirle al portero que era una mujer con doble vida y que más les valía a todos

vigilarla de cerca. “De día pretende ser una señora, y de noche vaya usted a saber”, le comentaba con cara de malas pulgas cada vez que bajaba la basura. Pero el portero, que no hacía distinciones por su costumbre observadora, cuando escuchaba estos y otros comentarios se limitaba a sonreír mientras se decía: “Y usted señora, si de día baja la basura, ¿qué no hará por la noche?”

La soñadora profesional

Tenía una de esas profesiones que la Seguridad Social no contempla. A cambio, el Universo le pagaba con creces en especias (el amor, la fortuna, la vida, que son especias caras y cada vez más demandadas). Era, con todo, un trabajo aparentemente simple. Su oficina era una colina de hierba larga cerca del mar que a pocos metros se enredaba con la arena. Sentada con los brazos alrededor de las rodillas miraba el cielo sin intenciones, permitiendo a las nubes que fueran lo que les daba la gana sin imponerles ninguna fantasía propia.

Pero he aquí que algunas veces una tormenta arreciaba, las nubes se apretujaban y no era difícil imaginar que estaban muy enfadadas. Cualquiera otra persona se habría alejado corriendo de la playa, pero ella era una soñadora profesional. Su trabajo consistía en cerrar los ojos y llevarse dentro la tormenta. Entonces dormía y se ponía a soñarla. En sus sueños la tormenta siempre descargaba contra el mar toda la ira que llevaba. Y el mar llevaba la ira a la playa y en la playa la ira era espuma que la arena amorosamente desmenuzaba.

Cuando por fin abría los ojos la tormenta ya se había liberado y la playa moteada dejaba que el mar se llevara de nuevo el agua al agua.

“Por fin, la calma”, decían los primeros paseantes de la costa cuando salía el sol. “Y aquella joven”, decían al verla a lo lejos, “Siempre parece que esté en las nubes. Cualquiera día una tormenta la arrastra!”.

“No creo”, decía una viejecita que la conocía bien, “Las tormentas solo la buscan para que las ame con todo el alma”.

Instrucciones para atrapar una nota

Quería atrapar a Dominique y escarmentarla. Él era músico y Dominique su NOTA. Todo músico tiene una NOTA a la que perseguir durante su vida. Él la perseguía entre París y Bruselas, que es donde la sentía vibrar. De hecho, su búsqueda era continua; sólo hacía pausas en las esperas de los aeropuertos. Allí, entre los megáfonos de información y las voces monocordes de las azafatas no se imaginaba encontrarla.

Una vez la tuvo cerca. Creyó incluso haberla aislado en una pista y presumió de ser dueño de un loop único. Pero Dominique no se sujetaba a la electrónica y cuando quiso sacarla en mitad de un concierto se encontró únicamente con su cáscara: la pista era el esqueleto sintético de un alma evadida. Aquello le dolió mucho y se juró dar con ella y someterla.

Lo que emprendió, en cambio, fue el camino contrario. Se hizo esclavo de Dominique y la siguió allí donde iba. Sufría si en los conciertos el DJ de turno la tocaba y ella se dejaba tocar. Era grotesco que aquellos payasos pudieran acariciarla sin ser conscientes de lo valiosa que era. “Me provoca”, pensaba mientras se llevaba otro cigarrillo a los labios. “Incluso la he visto en la MTV, haciéndose la inalcanzable, zorra”.

Fundó su sello sólo para tener una base sólida desde donde proseguir

su caza. Con la excusa del grupo conseguía sesiones en las principales capitales europeas. En cada concierto aprovechaba los nervios para llamarla. Quería atraerla con la furia de su deseo. Para los demás Dominique no era ni mejor ni peor. Para él era única, era SU NOTA. Por esto estaba convencido de que al final se rendiría a su devoción y se uniría a él para no abandonarle. Se había convertido en un cazador experimentado, conocía todos los reclamos y técnicas para grabarla en el momento justo y por fin poseerla.

Había ampliado su equipo con algunas cajas de resonancia que en teoría servirían de acomodo para Dominique. Estaba seguro de que Dominique lo encontraría todo a su gusto y que entendería que aquel secuestro era una demostración de amor.

Pero el cazador pasó largas noches acechando sin éxito a su presa. Y fue perdiendo sus estrategias por los aeropuertos.

Por fin, una noche de la que no esperaba nada, Dominique apareció. Vino sin ser llamada, dulcemente, y la sala entera quedó sumida en largos minutos de electricidad extática. De hecho, sólo él y Dominique existían, mientras que el grupo y el público se convertían en un poderoso espejo. Tuvo tiempo suficiente para liberar la ansiedad de encontrarla a base de agua y calmarse para descubrir que, estando con ella, todo lo demás, sus planes, sus estratagemas, carecían de importancia y ya ni siquiera le importaba grabarla. Cuando Dominique estaba era puro presente.

Hicieron el amor durante toda la sesión y al final el músico le habló: “Vienes cuando quieres, te vas cuando te place. Esta vez tampoco vas a quedarte, ¿verdad?”

“Yo de aquí no me he movido nunca”, le contestó Dominique, “Pero tú sí que te marchas, cuando vas a cazar fantasmas”.

Una torre del revés

Al revés que otras torres de cuentos de caballerías, esta no se elevaba hacia el cielo sino que descendía en dirección al suelo. Partiendo de trescientos metros de altura, la torre se precipitaba hacia la tierra para sumergir en ella sus rocas de granito gigantescas e inexpugnables. No tenía puertas y la única manera de acceder a ella era trepando hasta la cámara más alta.

Sin embargo, esto no era muy difícil. Cualquier jovenzuelo podía alcanzar sus almenas sirviéndose de las innumerables matas de trenzas que habían quedado colgando con el tiempo y el uso. Además, si no se quería correr riesgos, se podían emplear las escaleras naturales que el curso de los años y el viento habían tallado en la torre.

Era frecuente ver rescatar princesas. De hecho, las jóvenes iban a la torre en sus días libres y llegaban a pelearse por subirse a la cámara y sollozar por un caballero. Por supuesto no tardaban en aparecer los caballeros y rescatarlas. Era una torre muy cotizada.

Nadie se preguntaba qué interés podía tener el resto de la torre, además de dificultar los rescates dándoles altura. ¿Quién iba a querer descender por una oscura torre dejando la luz del día a las espaldas? ¿Y por qué, si ya se había conquistado la cámara más alta? Ninguna leyenda prometía tesoros, ni las canciones mencionaban cámaras secretas llenas de misterio, y con tantas visitas nada de valor debía quedar ya dentro.

Además, decían, el que se llegaba al fondo de la torre nunca volvía.

Solo un loco se aventuraría en el interior de una torre sin salida que más bien parece un pozo. Hay que tener, pues, los motivos de un loco. Y apareció un caballero que los tenía. Le pareció muy sospechoso lo de la

torre del revés y decidió llegar al fondo del asunto.

Tomó una antorcha delgada y carcomida e inició el descenso por las escaleras. Bajó atravesando innumerables cámaras oscuras, llenas de trastos inútiles que le obstruían el paso. Pero no había ningún peligro. Darse un golpe con una madera era toda la amenaza de la gesta. Cuanto más tiempo pasaba bajando más idiota se sentía. Pensaba: “Oigo todavía las risas de los caballeros y las princesas charlando arriba; está luciendo el sol y desde las almenas hay una preciosa vista. ¿Qué voy a encontrar que nadie haya encontrado antes? Igual no vale la pena.” Ciertamente, bajar por aquella torre desanimaba, porque no hacía ilusión nada. “Al revés por lo menos te esperaba una princesa! Pero de esta manera es como perderla”.

Estuvo a punto de abandonar. No tenía sentido. No era más que un sótano sin fondo, sin riesgos, sin monstruos, sin guardianes. Nada. Se estaba encerrando más, enterrando en vida, era absurdo. Le estaba dando sentido a un agujero vacío, una tumba. Pero quizá era eso lo que le convertía en loco: dar sentido a las cosas que no lo tenían. Armado con su determinación por llegar al fondo del asunto por fin llegó abajo de todo. Antes de darse cuenta sólo quedaba un último tramo de escaleras, una última puerta y una última llama de antorcha que le permitió ver su rostro reflejado en un enorme espejo. Antes de sumirse de nuevo en la oscuridad total el loco supo que había escapado de la torre.

La iniciación

Había alcanzado su edad de iniciación. Cada miembro de la tribu tenía una edad de iniciación distinta que desconocían hasta que no llegaba

el momento. A algunos los iniciaban en el rito secreto nada más nacer; otros no la cumplían hasta el preciso momento de la muerte; pero en su caso, por fin había llegado su momento cuando todavía era una niña.

Lo supo sin más. La tribu no tenía brujos y cada miembro debía deducir y practicar a solas todos los ritos, así como identificar el momento en que era oportuno llevarlos a cabo. Así, en la tribu era frecuente ver actitudes extrañas, ceremonias espontáneas en medio de la plaza; se oían gritos de madrugada, se murmuraban muchas canciones inventadas o de pronto alguien se sentaba frente a una cabra y ya no se levantaba hasta después de una semana. Era ciertamente una tribu primitiva que, de haber sido descubierta, habría aprendido modales.

A la niña le vino la señal en un sueño en el que una larva que tenía en la garganta eclosionaba. De la larva salía una mariposa llevándose su voz en forma de alas y desplegándola por toda la sabana.

Entonces a ella le pareció que era el momento de iniciarse. Pero no sabía cómo ni para qué. ¡Era muy joven!

Le preguntó a su padre, pero éste se encogió de hombros. Le preguntó a su madre, pero se puso a hacer la colada. Y entonces, ¿qué debía hacer?

En el pueblo había un tótem. No tenía cara y cada cual lo decoraba a su manera. A veces tallaban una forma en su superficie; a veces alguien lo golpeaba; a veces incluso se derribaba. La niña se puso frente al tótem, encendió una pequeña hoguera y se quedó mirándolo toda la noche. Supongo que esperaba que le hablara. De los pueblos primitivos se puede esperar cualquier cosa. Pero a la mañana siguiente el totem la dejó más confundida de lo que estaba porque no le había dicho nada. ¿Su silencio significaba algo? ¿Acaso era demasiado pronto? ¿Acaso era tarde? Pasó todo el día siguiente sumida en preguntas. Y cuantas más preguntas

se hacía, más preguntas se sentían atraídas y la acosaban. Poco a poco comenzó a sumirse en sus pensamientos y pasaba horas con los pies sumergidos en el agua del río, mirando la arena del fondo. Sentía vértigo ante el abismo de silencio al que arrojaba sus preguntas sin respuesta. Ni siquiera oía su golpe contra el fondo.

Lo más duro es que nadie sabía orientarla; ni quería tampoco. Ya hemos dicho que era un pueblo antiguo. Estaba sola con su interrogante, preguntándose, cómo no, si alguna vez tendría derecho a una respuesta.

Postales

Era fotógrafa de postales. Se había especializado en la materia y ya sólo encuadraba cuando veía una imagen digna de una postal bonita y agradable. Era seria y no se dejaba distraer ni enturbiar por las circunstancias del entorno. Aunque hubiera guerra donde iba por su trabajo, ella buscaba la postal más hermosa posible.

Naturalmente, la acusaban de insolidaria. Ella ya lo sabía y cargaba con ello bien aunque con cierto peso. Pero cuando pensaba en las postales que hacía estas dudas desaparecían por completo. Una postal era una imagen muy seria. Una imagen que literalmente viaja de unas manos a otras. Alguien elige esa imagen para regalársela a otra persona. ¿Iba a poner ella entre dos personas una imagen de sufrimiento? “El sufrimiento viaja”, pensaba ella, “Pero no seré yo quien le pague el pasaje”.

Al fin y al cabo, ella era una mirada. Una mirada necesaria. Le parecía bueno recordar que había belleza en medio de la violencia; que era posible amar un cielo por donde acababa de cruzar un misil; que todavía quedaban lugares en los bosques donde perderse; que volvían a

haber pájaros donde antes manchaba el petróleo; que el mar no se había ahogado todavía.

“Este es mi periodismo: dar fe de que todavía existe el mundo”.

Las dos caras de la Luna

El mar les separaba. El mar les unía. El mar les separaba.

Sentada en la orilla, cada lengua de espuma que se le acercaba le traía un recuerdo y luego se lo llevaba. “Los recuerdos serán efímeros”, pensaba, “pero vienen a todas horas”.

Hubo un tiempo no muy lejano en que los dos estuvieron en la misma orilla. Siempre pensó que el mar les contemplaba dichoso y por eso, cuando tuvieron que separarse, fue el mar quien se encargó de traer y llevar mensajes entre los amantes. El mar era un mensajero caprichoso: tendía su mensaje con insistencia, pero nunca lo entregaba. O bien ella no era capaz de tomarlo con las manos y llevárselo. ¿Por qué las grandes cosas a penas pueden abarcarse? ¿Por qué ni siquiera pueden tocarse?

Estaba segura de que al otro lado del océano él también estaba sentado en una playa y que le mandaba las olas que luego ella le devolvía. Era un diálogo silencioso y lleno de amor, pero solitario.

“Soy como la luna”, se decía cuando permanecía toda la noche en la arena, “A veces está llena, a veces vacía, pero siempre está sola. Si yo no puedo hacerme con el mar, él tampoco podrá alcanzar la luna”.

Como la luna, tenía dos caras. En una era una mujer observadora y no le disgustaba invertir mucho tiempo en pensar las cosas. Tenía una poderosa mente que se hacía todas las preguntas: ¿Qué es verdaderamente

lo que nos separa?, pensaba. ¿Es el mar? ¿Es la distancia que hay hasta la luna? ¿O acaso será la pretensión de tocar con las manos lo inalcanzable?

“Cuando abro los ojos veo un mar tan grande que me parece imposible que no nos aparte”.

Pero luego la luna menguaba hasta ser tan delgada como un paréntesis. Y llegaba la noche en que éste caía y dejaba al descubierto un cielo infinito sin límites ni puntos de mira. Entonces emergía su cara oculta, un rostro invisible y silencioso donde no se interponía nada. Sin soñar, sin dormir siquiera, podía sentir que habían pisadas en la luna oculta y que el océano sin vigilancia se abría para permitir el encuentro entre los dos amantes.

Historia de ‘H’

¿Para qué proteger lo que no tiene sonido?, se preguntaban unas letras a otras cuando una mañana vieron a la H parapetada dentro de un paréntesis.

“Seguramente se protege de la C”, dijeron las vocales, “Nos consta que alguna vez han tenido choques”.

“Quizá no le guste que la utilicen”, replicaron las consonantes, “Las vocales siempre la estáis manipulando”.

“Yo creo que es para no hacer daño”, opinaba una E que estaba acostumbrada a las fórmulas químicas. “Según con quién se junte se vuelve explosiva”.

“Para mí que se está promocionando”, dijo la A con sorna, “Debe estar harta de no significar, ni oler ni saber a nada. Y mira que le he dado oportunidades”.

Todos especulaban sobre el extraño despertar de la H. Pero la H no decía nada.

Al día siguiente la (H) seguía dentro del paréntesis, pero esta vez no tocaba el suelo de la página. Flotaba dentro de una burbuja.

“Mírala qué lista!”, dijeron las oclusivas, “lo que quería era elevarse por encima de nosotras. Claro, ¡como no pesa nada!”

“Seguro que pretende llegar a la luna o algo. Ya verás como reviente!”, dijo la C, muy dominante, “Caerá y caerá hasta chafarse”.

Pero la H no decía nada.

Un día más tarde la (H) estaba tan arriba que a penas se la veía. Comenzaron a echarla de menos. “Con lo flexible que era!”, decían algunas. “El buen servicio que nos hacía. El pasado ya no será nunca lo mismo”.

Estaban todas las letras revueltas con la desaparición de la H cuando, de pronto, la vieron bajar con una “O” hermosa y perfecta del brazo y un 2 colgando entre ambos: H2O

“Aire”, dijo, “Tan sólo necesitaba aire”.

El hada agnóstica

Pasó tanto tiempo desde que los hombres abandonaron los bosques para sumergirse en los hollines de la civilización que algunas creencias decayeron. La creencia en las hadas, por ejemplo, fue una de las más abandonadas, incluso por las propias hadas, que también emigraron a las ciudades. Algunas olvidaron por completo su naturaleza, pero otras se

quedaron en agnósticas.

“¿Me lo creo o no me lo creo?”, se preguntaba la protagonista de nuestro cuento. Y prefería quedarse en medio a tirar la fantasía por la borda o pasar por loca.

De pequeña se acostumbró a que la tomaran en serio y su magia se reflejaba en todos los espejos. Pero con el tiempo dejaron de animarla y pensó que su tiempo había pasado.

Sin embargo, a veces, sin saber por qué, la música de un violín anónimo le despertaba un enjambre de sensaciones; o una lluvia menuda y una ligera brisa vaciaban de golpe su mente y la fantasía se abría paso; o bien sentía como por azar un calor en el vientre que trepaba hasta sus pechos y los sonrojaba. El hada agnóstica se dejaba disfrutar de estas emociones, pero no las compartía con nadie. Prefería guardar silencio para mantenerse a salvo de los incrédulos (no hay nada más destructivo para un hada agnóstica que la incredulidad ajena).

Por eso permanecía en ese limbo, equilibrio de fuerzas, entre el ser o no ser mágica.

Durante un tiempo anduvo con los pies en el suelo. No estaba acostumbrada y los pies le dolieron. “¿Vuelo o no vuelo?”, decía cuando navegaba por los mares de las dudas. Y lo cierto es que estuvo a punto de renegar de todo y quedarse en tierra.

Pero había noches en que los sueños llamaban con fuerza a su puerta y no podía evitar recuperar la fe en la magia. Era una fe repentina e incontrolable que la tomaba por los hombros y la elevaba. El calor recorría su cuerpo y el sudor se le antojaba una lluvia excitante de verano. A veces la vergüenza podía con ella y apretaba los muslos con fuerza. Pero otras veces se dejaba embriagar y bailaba desnuda ritmos africanos o

gritaba su nombre en lo alto de una montaña, donde se inventaba un rito chamánico. Sólo las hadas saben lo que es estallar en luces y ver signos en todas las cosas. Sólo las hadas saben lo que es elevarse a reinos donde las imágenes se sienten y la música puede tocarse. Sólo ellas saben lo que es tener un séptimo sentido además del femenino.

Pero luego la música se desvanecía, el calor se disipaba y la lluvia se interrumpía. Toda sensación mágica se apagaba y se decía a sí misma: “La magia va y viene, pero a mí no quiere llevarme”. Entonces volvía a su postura agnóstica y salía del cuento por donde había entrado.

El hada agnóstica estaba harta de este sin vivir que era ser y no ser al mismo tiempo. Pero pasó otro invierno y cuando la primavera se presentó tuvo este sueño: era una oruga corriente y moliente, que prefería no elevarse mucho del suelo. Llegaba el invierno y se fabricaba un nido y se encerraba en él. Se sumía en un profundo letargo y tenía otro sueño como el del hada agnóstica. Y la oruga de ese sueño hacía lo mismo y también soñaba consigo misma. Así sucesivamente. Al final, la última oruga en soñar soñaba que el capullo se abría y ella salía desplegando unas enormes alas de fe renovada. Y de pronto todas las orugas de todos los sueños se transformaban y abrían sus alas al mismo tiempo.

El hada se despertó sobresaltada. El agnosticismo se estaba abriendo.

La compuerta secreta

Tengo una amiga que es una compuerta secreta. Ella no lo sabe, pero cuando hablamos estoy activando los mandos de la nave. Al cabo de un rato ya estoy volando y antes de que me de cuenta ya estoy en mi mundo.

Es un viaje barato.

Luego nos despedimos y regreso a la tierra. En la tierra no puedo relajarme. Hay que poner un pie detrás de otro. Para no tropezar, corro. Me sale bastante caro.

Comparadas ambas situaciones he pensado en secuestrar a mi amiga. Seguro que entiende que teniéndola cerca puedo saltar de un lado al otro sin problema. Cuando no la tengo cerca me pongo nervioso y a veces hasta la necesito.

Le he preguntado si le importa que la secuestre, pero me ha contestado que ella no es de nadie. Que va y viene y que si falta será por algo (ella cree en las estrellas, ya ves).

Yo no tengo la solución para retenerla, pero sospecho que hay algo que no estoy teniendo en cuenta, y es que si ella es una puerta, ¿quién tiene la llave?

El camino del Loco

Tiene el tarot una carta especial por dos motivos. Una porque no tiene número y no responde a ningún orden, aunque suele situarse al principio de la baraja. El otro motivo es que es pura energía y la contagia a las demás cartas.

En cualquier camino el Loco encuentra un destino y si cambia el rumbo también lo hace su sino. Es por eso que el camino del loco es simplemente creativo.

El Loco no se sitúa ni se ubica, tanto le da el mar como la montaña. El loco no mira donde pisa, sino que vuela mientras la tierra corre a

sostenerle. “No soy yo quien anda, sino el mundo el que viene a mi encuentro”, diría.

También es una carta de principios, de inicios, y quien la lleva encima no conoce jamás el final de la historia porque antes de que la alcance ya ha empezado otra.

El camino del Loco comienza con un nombre que en seguida se desprende, como la memoria y las intenciones. Cuesta seguir a quien no tiene otro propósito que nacer de nuevo con cada amanecer.

El camino del loco no conoce el desaliento, porque incluso los espejismos sirvieron para llevarle lejos. El camino del loco tiene vida propia y se estira y se acorta, se retrasa, se acelera, serpentea bajo cada paso que el caminante pone en el suelo. El camino del loco desaparece tras sus pasos y no existe por delante. El camino del loco, tiene vida propia y busca quien le un sentido por el mero hecho de ser andado.

El loco y su camino han hecho un trato: el loco ama su camino, aunque no lo mira, porque confía. Y el camino ama al loco, porque cada pie que pone sobre su tierra es una semilla que le siembra.

El Big Bang

Si le preguntan al Universo qué opina acerca de la teoría del Big Bang dirá que no recuerda su nacimiento, a menos que se someta a una terapia regresiva. Y aun así, teme acabar imaginandoselo. Al Universo le desconciertan estas preguntas, porque tiene mucha faena en seguir creciendo como para preocuparse de cuando era pequeño. Por otra parte, si el Universo tiene traumas será porque le gustan sus vibraciones.

El Universo se expande y en su viaje aleja entre sí a muchas de sus partes. Nadie imagina dónde acabará su viaje, si encontrará su límite o qué extraño motivo le llevará a replegarse. Sólo sabe que el crecimiento es una razón suficiente para seguir adelante.

Quizás un día se dé la vuelta y se proponga regresar a su origen y traerse de nuevo todas las cosas a su punto de partida. Quizá el Universo quiso que sus átomos gozaran de una experiencia y la eternidad sea su margen. En todo caso, cuando lo haga, lo tomará como otro viaje.

Expandirse o contraerse al Universo le trae sin cuidado, pero si algo le gusta mucho de lo segundo es que cuando regrese, todo serán encuentros.

La digestión

Siempre comía un poquito de más. Le gustaba sentir que su estómago trabajaba. Prefería tenerlo siempre a punto, bien entrenado, como un motor perfectamente engrasado. No hay que decir que era un hombre de digestión lenta y que estaba convencido de que así había de ser. Si un día se sorprendía llevándose un disgusto a la boca sabía que había tiempo para hacerlo desaparecer. “Como el agua que lima la roca, mi digestión puede con cualquier cosa”.

Un hombre de buena digestión era también un hombre de grandes apetitos y no le hacía ascos a nada. Una conversación interesante, un enfrentamiento, una tanda de insultos, una buena comedia. Su atención omnívora se interesaba por todo. “Los mejores bocados están donde nadie los espera. Siempre acabo encontrando una flor entre la hierba”.

Sin embargo a veces algo se le atrancaba. Le venían ardores y solía

ponerse de muy mal humor para luego quedar transpuesto y sumido en una vaga tristeza. Entonces sólo hallaba consuelo en su guitarra. La colocaba sobre su estómago y con cada acorde que vibraba conseguía minar un poco el dolor de sus entrañas. Pero las indigestiones no pasaban con facilidad y había días en que se planteaba seriamente hacerse vegetariano.

Sufría con estas ideas, porque no quería tener una alimentación a medias o fruto de una prescripción médica. “Tengo que entrenarme más, tengo que entrenarme más”, por nada del mundo quería renunciar a ser un recipiente limpio, sin miedos, sin normas ni condiciones, sin dietas ni límites. Odiaba los límites.

“Un límite es un camino que sólo puede desandarse”, iba pensando para sus adentros. “Quizá yo no tenga límites pero sí los tenga mi estómago. No puedo pedirle a todo mi cuerpo que sea como yo deseo. Mi boca tiene sus gustos y mi digestión sus procesos.

Su deseo era tan grande que ni cinco estómagos podrían gestionarlo. Eso es, en cierto modo, la ausencia de límites: desear tanto que nunca se pueda alcanzarlo, pero siempre se pueda seguir avanzando.

Cuando comprendió esto dejó de comer sin medida y se permitió elegir el alimento. “Que mi lengua disfrute y mi estómago pueda dormir, que yo tengo deseos suficientes para darles alimento cuando despierten de su letargo”.

El elixir

Si era libre podía elegir, o así lo veía ella. Elegir el vestido que mejor combinaba con sus zapatos, elegir la película de los domingos, elegir el

tipo de hombre que quería, elegir los sentimientos que tenía.

“Esta me interesa pero la dejo para cuando esté a solas; esta no la quiero ni en pintura; esta a ver si se multiplica; esta otra la dejo en remojo y aquella que venga más a menudo”, se decía la chica cuando barajaba sus emociones.

Sin embargo algunas no venían ni se iban cuando ella quería. No eran tan dóciles la mayoría y solían presentarse de manera inoportuna. Cuando esto ocurría no podía evitar que se desatara otra cadena de emociones desagradables derivadas de la impotencia de no controlar lo que sentía.

Tenía cualidades de maga y supo dónde conseguir elixires a la carta. Se dispuso entonces a establecer un riguroso control de entrada. Para evitarse sorpresas programó la semana. El lunes me sentiré cansada pero contenta al final de la jornada; el martes vibraré con una telaraña; el miércoles subiré hasta el cielo de una volada; el jueves el amor llamará a mi morada; el viernes tendré dudas pero una puesta de sol se las llevará lejos de mis entrañas; el sábado me levantaré con garra, llegaré al mediodía con energía y por la noche reventaré la madrugada; el domingo me recojo y la tarde será plácida.

Era tan efectiva en su planificación emocional que mantuvo a raya lo que no le gustaba. Toda la semana fue perfecta. Sin embargo, algo que ignoraba estaba sucediendo. Las emociones rechazadas comenzaron a agruparse dentro de su organismo. Discutían entre ellas que las habían expulsado y se fueron organizando.

Llegó el domingo y con la batería de elixires todo estaba saliendo perfecto. La joven se levantó de muy buen humor y se dio con gusto la ducha de la mañana. Cantaba una canción que unas provisiones de alegría

le iban dictando. Pero al salir de la ducha resbaló y se dio un coscorrón en la cabeza. De pronto se abrió una brecha por donde todas las emociones rechazadas se lanzaron al ataque.

“Me cago en la p...%•%•”))”••&\$&•)”, dijo dando alaridos y llevándose las manos a la cabeza. Su cabeza dolorida palpitaba y un ejército de malas vibraciones tomó su cuerpo y su alma. “Hemos tomado la torre de control”, informaba un cabreo galopante al centro de mando. “Tenemos las manos secuestradas”, reportaba el escuadrón de nervios incontrolables. “¡Lancen las granadas!”, ordenó la rabia y en ese instante se volcaron cientos de lágrimas.

La guerra del revés (las emociones salían, no entraban) le duró un rato. Luego la chica se fue calmando. Podía haber solicitado refuerzos, haberse tomado los elixires necesarios, pero estaba dolida porque no había podido evitarlo. “Ya puedo poner toda la atención del mundo, que cuando tocan lágrimas llueve a cántaros”, se decía desconsolada.

La maga estudió el caso, y llegó a la conclusión de que aunque el desencadenante fuera el golpe, las emociones ya estaban dentro y aprovechaban la brecha para salir corriendo. “Entonces la solución es fácil”, dijo la maga reuniendo a todas sus emociones en una asamblea magna. “Si lo único que quieren las lágrimas es salir a flote, abriré los grifos para que se vayan. Pero a cambio quedan prohibidas las conspiraciones y las reuniones secretas”.

Desde entonces la maga se toma sus elixires cuando le da la gana, pero en vez de elegir lo que siente, deja abiertas las puertas de su casa para que entre y salga quien le de la gana.

El camino del samurái

Hoy los samuráis caminan por el filo de una navaja invisible. El samurái usa armas sutiles y precisas para trazar líneas sobre los lienzos blancos y crear al mismo tiempo el vacío y la plenitud del universo que contempla, el sueño y la vigilia, el miedo y la valentía. Su espada es una sonrisa que une lo claro con lo oscuro con a penas un leve movimiento.

Del camino del samurái puede decirse que es silencioso, si el silencio fuera algo distinto del ruido. Para el samurái todas las vías son buenas, porque todas las anda con sus cinco sentidos y las considera sagradas.

El samurái se deja sorprender sin sorpresa, porque es consciente de que la vida vuela a sus pies con deseos de ser vivida. Todos los caminos se disputan, de hecho, el privilegio de ser la vía del Samurái.

Acabados ya los tiempos de las tradiciones, a un Samurái no se le reconoce ya por su armadura ni por su katana. Es difícil distinguirlo porque no ostenta la bandera de ningún señorío. El samurái moderno se ha desprendido de todo lo que condiciona su camino y habita en silencio meditativo en el cuerpo de los niños. Por su naturaleza guerrera, el Samurái atrae por igual la valentía y el miedo, de manera que una pueda verse reflejada en la otra. El Samurái es un gran espejo de sí mismo.

El camino del Samurái es el camino **hacia** el Samurái. Empieza con una palabra y termina cuando descubre que no era necesario pronunciarla.

Cierra los ojos. Siente tu espada rasgar la cortina de seda y desvelar lo que está oculto. Toma tus palabras y deja que tu mirada transite por ellas. Verás un dibujo, con una cabaña en lo alto de una montaña donde tu samurái te está esperando. Valiente. Cobarde. ¿Como podría existir lo uno sin lo otro?

El agujero

De su excursión nocturna a la playa sólo recordaba que había un agujero que conducía a un mar de estrellas. Quizá fuera porque estaba fumada, pero juraría que cayó y cayó y la amortiguaron los planetas.

“¿Están las estrellas en mi mente o mi mente está en las estrellas?”, se preguntó cuando ya madrugaba.

De su viaje aprendió que los agujeros están para arrojar en ellos los vértigos y que se transformen en rosas.

“Quizá la próxima vez pueda intentarlo de día”, dijo celebrando con música que ya era hora de volver a casa.

La flecha envenenada

Las flechas surcaban el cielo durante la batalla. Al cielo sólo llegaban con el propósito de abandonarlo después de trazar su parábola. El cielo, como observador imparcial, se prestaba. “Yo ni entro ni salgo en el curso de la batalla”, decía el cielo mientras ofrecía sus nubes como descanso para los caídos.

Eran tiempos en que las guerras las decidían las estrellas. Ambos ejércitos sabían de antemano que la suerte estaba echada y aun conociendo su destino lo aceptaban. Los vencidos se entregaban a la muerte sin derramar una sola lágrima y habiendo guerreado con todas sus fuerzas y valentía. El destino no importaba, sólo la manera de llegar hasta él.

Pero en el ejército de los derrotados había un arquero que no se resignaba a su sino. Con el deseo de liberarse de su yugo, impregnó una de

sus flechas con veneno y la disparó hacia el imparcial. Emponzoñado, el cielo, hasta entonces impasible, comenzó a revolverse de dolor, abriendo brechas por donde rayos y truenos se arrojaron indiscriminadamente contra ambos ejércitos.

La batalla se volvió sangrienta. Rotas las reglas del cielo, rota la armonía, la confusión se instaló entre los guerreros. Muchos destinos se alteraron y la parca se dio festines inesperados. El cielo, herido, no distinguía el negro del blanco. El arquero de la flecha envenenada miraba con estupor desde las almenas la furia de los vientos y de los fuegos y se preguntaba si no habría sido preferible entregar libremente su cabeza a desatar una destructiva tormenta. Durante las horas que siguieron el arquero reflexionó con miedo sobre su acto de rebeldía y se subió a la torre más alta para ofrecer su vida al primer rayo que el cielo furioso quisiera enviarle.

Subido sobre la almena más alta, los brazos extendidos, el arquero arrepentido gritaba que le partiera un rayo. Pero todos pasaban de largo. Algunos derribaron muros, otros destruyeron maquinarias y la lluvia torrencial arrastró a las caballerías. Hasta que al fin cayó la noche y el cielo se retiró, agotado, para dar paso a una luna llena.

La luna alumbraba todo el campo de batalla. Ambos ejércitos yacían descoyuntados entre las colinas y las murallas del castillo. Ninguno había tomado la victoria por su mano.

Arrodillado sobre la almena, el arquero le preguntaba a la luna por qué no había recibido su castigo por alterar el destino de la batalla. La luna, tomando una nube delgada para vestir de dulzura sus palabras, le respondió: “¿Castigo? Querido amigo, ¿no tienes bastante con las consecuencias de lo que has causado? Sonríe, porque eres al mismo

tiempo libre y esclavo, puesto que puedes hacer lo que te complazca y, sin embargo, no podrás evitar nunca los efectos de tus actos”.

El brindis

En el brindis se le rompió la copa. Todo el champán se derramó sobre su muñeca y resbaló por su brazo colándose en su vestido de boda. Algunas gotas se alojaron bajo la axila. En aquel momento lo apropiado era tomárselo a broma y alabar la fortaleza de la novia, pero ella sabía que no era un buen presagio.

Por eso, cuando diez años después su matrimonio se deshizo, se acordó de la fatídica señal. “Ya lo decía el brindis ya”.

En los siguientes años de divorciada se siguió acordando del brindis cuando dejó de encontrarse atractiva, cuando alcanzó los cuarenta, cuando le negaron el ansiado ascenso, cuando quiso ser madre y era tarde.

En su mente se rompían los mismos cristales que el día de su boda, porque una estridencia así en el día más importante de su vida tenía que reverberar para siempre, reproduciendo como en un lago las ondas de su infortunio.

Amor de pies

Eran amantes ocasionales. Solían encontrarse en las frías mañanas, bajo la ducha. O en los cálidos domingos de primavera, en los que podían jugar bajo las sábanas hasta bien entrada la mañana sin que nadie les molestase. Pero su época preferida era el verano. Entonces sí que podían

sentirse libres durante largos periodos de tiempo. Y se dedicaban a correr por la playa, rozándose, arañándose, salpicándose motas de arena con agua, para luego correr juntos a tumbarse al sol y frotarse la espalda.

Sin embargo el suyo era un amor furtivo, duramente perseguido. La mayor parte del tiempo la pasaban confinados. El encierro consistía normalmente en un calcetín de hilo, a veces más ligero, a veces grueso y asfixiante, que apretaba todos sus dedos unos contra otros. Por si fuera poco a su camisa de fuerza había que añadir una gruesa armadura que se aseguraba con cordones y nudos apretados. A veces eran zapatos, a veces sandalias y, en el casos extremos, botas. Aunque lo peor no era estar encerrados, sometidos a prolongados periodos de oscuridad ni el calor que sufrían ni el trabajo forzado.

Lo peor para los amantes es que los condenaban por separados. Sendas prisiones habían sido diseñadas para incomunicarlos. Por alguna cruel razón también les castigaban con el aislamiento. Y aun a pesar de eso, a pesar de que no podían verse ni tocarse, sabían que su amante estaba cerca de ellos. Solían golpear las paredes de sus celdas para hacerse señales y les parecía que podían hablarse de esta manera.

Eran capaces de coordinarse y habían planeado escaparse muchas veces. Ensayaban una y otra vez, ayudándose a descalzarse. Ah, el momento de salir del zapato era sublime. En cuanto caía la pesada carga se sentían liberados y la sangre volvía a excitar sus deseos. Tocarse, frotarse, rascarse, estrecharse el uno con el otro durante los breves permisos nocturnos o en las escasas horas de libertad condicional que les eran dadas. Sus fantasías más sublimes eran colmadas cuando en raras ocasiones se encontraban solazándose frenéticamente con otra pareja de pies desnudos.

Pero tras el orgasmo de libertad siempre volvían a capturarlos. ¿Qué

extraño loco era capaz de divertirse torturándoles de esa manera? En sus sueños dentro del silencioso zapato practicaban para ser capaces de cruzar los dedos y desear que los pies desconocidos de la noche anterior lo hubieran logrado, que hubieran conseguido huir y correr lejos, muy lejos, hasta un lugar secreto donde poder gozarse interminablemente hasta que la muerte o una pierna les separe.

El navegante en tierra

Un navegante en tierra se comporta como lo haría en el mar si es buen capitán. Sigue los mapas, pero confía en su intuición para tomar los caminos. Y aunque sabe que llegará a algún puerto, no lo espera. El puerto debe esperarlo a él.

El navegante en tierra no echa de menos la mar. La tierra es la madera, el aire la mar. A veces la marea está tan baja que la quilla amenaza con rozar las rocas de corales. Entonces el navegante sabe que un hilo de agua le separa del desastre. “Puedo sentir la madera crujir al contacto con la piedra. Madera y piedra, una de las dos ha de perder”.

Pero siempre logra posar el barco y no estrellarlo, pues la mar le tiene estima.

“El mar es mi dueño en sus dominios y a él me entrego. Si ha de arrojarme, que me arroje. Si ha de llevarme en volandas, que me lleve”.

Historia de una ráfaga de aire

Como un pájaro descolgándose de la manada, la ráfaga de aire

aprovechó la inercia del tornado para arrojarle lejos donde no pudiera acosarla misión alguna.

Al principio, la ráfaga recorrió cientos de kilómetros sin esfuerzo, dejándose llevar por corrientes más poderosas que la conducían de norte a este y de este a oeste, turnándose unas con otras. Su cuerpo de ráfaga era tan sutil y ligero que podía acomodarse tranquilamente en un viento de poniente sin hacer el menor ruido ni llamar la atención para nada. Luego se pasaba a una tramontana y conocía las costas de una península. Viajaba así la corriente, cómoda y gratis, libre de programas, funciones y razones. Libre como quien se ha librado de ir a la guerra.

La ráfaga aprovechaba su libertad para hacerle el amor al mundo. Ora se enrollaba a un tronco de cedro, ora se dejaba degustar por las copas de los pinos. Cuando quería tomaba altura y se arrojaba contra las colinas de césped o se paseaba por las cumbres y se acurrucaba bajo un inmenso glaciar.

Una noche la ráfaga vagaba sin rumbo entre las ramas de un bosque. Llegó a un claro y decidió rodearlo para adquirir una experiencia acerca de su tamaño. Era un claro enorme. La ráfaga percibió un calor que provenía del claro. Como narrador omnisciente revelaré que se trataba de una hoguera. Las ráfagas de viento no entienden la realidad como la nosotros, de manera que su experiencia de una hoguera pasaba por entrar en contacto con ella. La ráfaga se lanzó hacia la hoguera y pasó silbando entre los troncos de madera que la sostenían. Ambos, hoguera y ráfaga, notaron al mismo tiempo el efecto de su encuentro. Estaban hechos el uno para el otro. Volvió la ráfaga a lanzarse contra el fuego, pero esta vez se detuvo a danzar con él, cuyas brasas se abrían gozosas y ardientes para iluminar su llegada. Fuego y aire danzaron aquella noche y la ráfaga conoció el sexo.

Tiempo más tarde la misma ráfaga volvió a percibir calor cerca de ella y corrió a lanzarse de cabeza para avivarlo. Sin embargo, por extraño que parezca, esta vez el calor se extinguió en vez de excitarse. Como narrador omnisciente revelaré que esta vez el fuego provenía de una vela y que aquella noche la ráfaga conoció la muerte.

Juegos de un mar de la China

Hay un mar de la China que tiene una costumbre secreta. Al principio de las temporadas le gusta, sin que nadie lo sepa, abandonar su lugar.

Se desliza transparente confundiendo con la arena y la sal. Sale de las profundidades y de la superficie: el mar. El mar se llega hasta la tierra y busca un lugar donde el río venga a parar.

Lo toma como camino y se echa a andar. Ni lavanderas ni pescadores ni niños bañados lo saben diferenciar. El mar pasea desnudo, sinuoso, sensual. Río arriba el mar se reparte por igual.

Se divide en las bifurcaciones, se desborda en los márgenes, se filtra en la tierra y se eleva por los aires, separándose en pequeños grupos, para saciar a un molino de madera.

Luego al mar le gusta asomar en los arrozales, bañarse en el té de menta, . Pero lo que más le gusta al mar es la hora de regresar: se tira por las cascadas, gotea en los grifos, se vierte por casualidad. Poco a poco todas las gotas, regresan a su lugar.

Y el mar vuelve a trabajar, a ajustar las corrientes, a enfriar el fondo del mar, a decorar barcos hundidos y a conservarse en sal.

Cuento del pirata

*Por más que lo intentaba, el pirata no podía nunca regresar.
Ni atracar en cualquier puerto, ni que fuera al azar.
Vivía de los barcos lujosos
que compartían generosos
su mercancía:
agua, comida o hermosa pedrería.*

*Ahora lleno, ahora vacío
su barco era como la mar
apenas llegaba a una orilla
ya se tenía que retirar.*

*Sus puertos eran, de momento,
las grandes ballenas, junto a las que se paraba a meditar;
eran los arrecifes de corales que bajaba a explorar;
eran los terrores de la noche y la tempestad;
era la dulce caricia de una sirena al pasar;*

*“¿Qué buscas en tierra”, le preguntaba el grumete al capitán
“Que no encuentres en la mar?”*

*De la mar yo conozco cuanto se puede averiguar
Tanto las olas que brotan de día
como los secretos de ultramar.
Nací en una playa,
donde la aprendí a amar
y ahora que soy pirata
es mi campo de arar.
Mar podría ser mi nombre
si no tuviera compostura que guardar.*

*Pero ay la tierra !,
por la tierra, quien más quien menos,
todos saben caminar,*

*en la tierra, quien más quien menos,
todos saben estar
Y yo no sé de ella,
más que la forma que el horizonte me quiere mostrar.
Envidia a las gaviotas, que ambos mundos pueden gozar”.*

*El capitán teme que su barco embarranque
cuando llegue la hora de zarpar,
que no alcance las botas y no se pueda marchar,
que confunda la hora y nunca la vuelva a encontrar,
el capitán teme que pisar la tierra le arranque del mar.*

El trayecto de la lagartija

Se diría que la lagartija es un animal que se mueve rápido. Nada más lejos de la verdad. Una lagartija no se mueve en absoluto. Puede decirse, en todo caso, que la lagartija se traslada a toda velocidad de quietud en quietud, de silencio en silencio, de impermanencia en impermanencia. Un animal con necesidad de desplazarse podría hacerlo con suma lentitud cuando no encuentre ningún motivo para la prisa. La lagartija, sin embargo, no tiene esa necesidad. Si por ella fuera permanecería inmóvil, sustentada por sus dedos prensiles a una larga pared de yeso expuesta a la luz del sol.

Es un animal observador. Quizá esa sea su máxima función. Tan sólo la obliga su sentido de la supervivencia (no ignora que habita un mundo depredador) y un azaroso impulso por cambiar de vez en cuando su punto de vista sobre la realidad que contempla. A diferencia de otras especies para quienes la inmovilidad es una defensa, para la lagartija es un estado natural. Como especie contemplativa que es, deja que el mundo transite libremente ante su mirada, que no busca ni desea.

Se ha hablado y escrito mucho acerca de las pequeñas y frecuentes realizaciones de la lagartija. Son momentos luminosos en su existencia en los que de pronto, fruto de su contemplación, comprende algo en su más íntima esencia. Esto suele suscitar un nuevo desplazamiento o, en algunos casos, un rotundo cambio de piel. De esto podría deducirse que este ser evoluciona y sigue, por tanto, alguna suerte de proceso o camino espiritual. De nuevo debemos matizar mucho la manera en que esto sucede.

Una lagartija, por su comportamiento, carece de trayectoria. Ni siquiera reúne inteligencia para establecer la diferencia temporal y espacial entre un punto A y un punto B. No la necesita. Tampoco necesita analizar lo que ve ni juzgarlo. Le basta con mirar. Al no hacer distinción entre un lugar y otro ni considerarse nunca más cerca o más lejos de una meta, puede afirmarse que la lagartija permanece 'fija' en un infinito donde las coordenadas son indiferentes. De la misma manera que no importa el lugar que ocupe un punto dentro de una línea, que no deja de ser por ello fundamental para que la línea exista.

Pero si hay algo realmente interesante en el comportamiento de un ser tan ascético es que le gusta mostrarse a nuestros ojos. Existe algo mágico y poético en su exhibición de fragilidad. Sin miedo, su débil constitución se muestra y se deja examinar, a veces incluso atrapar. Y en estas ocasiones, escasas, en las que una caza de lagartijas ha dado su fruto, se produce un fenómeno que no es ni extraño ni poco extraordinario: somos testigos de su capacidad de desapego cuando sacrifica su cola para desaparecer sin dejar huella entre la maleza.

Lo cierto es que todas sus desapariciones las vive el observador espontáneo como una pérdida. No sin pesar se queda frustrado con una cola entre sus dedos cuando lo único que quería era sostenerla un rato. Entonces, al sentimiento de pérdida se le une otro de culpa.

Sin embargo, la lagartija, que es una seductora nata, nunca deja rastro cuando se marcha. Sin huellas no puede trazarse una línea ni un camino, no hay origen ni destino, solo presente. Si la lagartija encontrara sus propias huellas las seguiría y viviría en círculos por el resto de su vida. En cuanto al Hombre al que sedujo, por un lado borra el sentimiento de pérdida al entregarle una parte de sí misma y por el otro borra el sentimiento de culpa al darle a entender que volverá a crecerle otra cola.

Sombra de un gato

Era un gato largo como lo era la noche. Donde se terminaba su cola su sombra se estiraba hasta doblar varias esquinas.

Caminaba lento, educado en el sigilo, porque tenía que arrastrar metros y metros de sombra delgada.

Las luces esquivas de la madrugada se la multiplicaba.

Le gustaban los lugares oscuros, dónde su sombra no se distinguía de otra y sus ojos eran faros para algún barco perdido.

Y se quedaba quieto, con la vaga esperanza de que su sombra se durmiera y pudiera despistarla.

Pero con frecuencia el que se dormía era él y soñaba. Soñaba que su cuerpo recortado en la luz de una ventana era silueta y no sombra, que era perfectamente negro sobre blanco y no sombrío, que la cola le pesaba menos y que desde entonces, daría saltos de alegría.

Cuando un gato no quiere a su sombra, la sombra tampoco quiere al gato. Cuando despertó el minino ya no tenía sombra. Se había evaporado.

Cruzaba los tejados y las luces de las ventanas no lograba alterar su tamaño. Más rápido, con menos sigilo, se sintió más libre y más ligero. Ebrio de contento el gato pegó un salto para pasar de tejado a tejado, cuando de pronto se vio cayendo por un mal cálculo.

Iba a caer derecho en cuanto viera a su sombra darle la alarma desde el suelo. Pero esta vez no la encontró por ninguna parte.

La bailarina

Sólo había tenido una sensación parecida en sus años de bailarina.

Podía ocurrir después de ejecutar un salto perfecto o de un minué o de algún gesto minúsculo con la barbilla.

Se elevaba sobre la punta de su zapatilla y giraba y giraba y volvía a girar con los brazos en arco y las yemas de los dedos acariciando el aire. Dentro del círculo no existía nada más. A los pocos segundos no oía los ruidos, al minuto y medio perdía de vista la luz, la sala, el público; y al cabo de un rato en su mente no había más que un silencio sin forma y sin propósito.

Los pensamientos no la seguían a esa dimensión. Quedaban esparcidos como hojas arrancadas de una libreta sobre el escenario.

Los sentimientos tardaban más, pero uno a uno todos salían despedidos de la cintura de la bailarina.

Las emociones eran fieras y reclamaban su lugar, pero al final, incluso ellas eran mansos ríos que volvían a la mar.

Lo último que se perdía en los rizos de la danza era la carne. Como si

de un reloj de arena se tratara, procedía a desmoronarse y a filtrarse por la ridícula ranura que quedaba entre el suelo y el pie.

Entonces quedaba desnuda. Ya no era una voz, ya no era un gesto, ya no era un modelo que se pudiera dibujar.

No era ni siquiera bailarina cuando se dejaba llevar.

Si acaso, un silencio prolongado, un hilo de aliento, el humo que se desvanece ya.

Pero aquello tenía su lugar. No era científico creer que aquel estado era natural. Más bien se debía a unas circunstancias que sería tedioso relatar. En cualquier caso era un fenómeno con una explicación racional.

Y lo más importante: no era un fenómeno transportable. No se lo podía llevar cuando dejaba de girar.

Volvía sentir el cuerpo, primero desnudo, y luego apretado contra la tela ceñida y luego pesado y, entonces, una emoción.

A veces era el vértigo, a veces la risa, a veces una tristeza infinita. Y los sentimientos se desbordaban de nuevo y regaban al público que, de pronto, ella volvía a notar. Y un solo pensamiento se instalaba en su cabeza y ya no se lo podía quitar.

Practicó la odontología, pues era mucho más tangible, o mascable que diría en el ámbito profesional. Pero los dientes hacían un ruido muy desagradable cuando los tenía que juntar y había algo poco elegante en hacerlos rechinar.

Ni tan etéreo ni tan plástico, encontró una nueva profesión a la que poderse dedicar. Estudió psicología (entre otras cosas, para dar caza al pensamiento que no la dejaba volar) y devino una cazadora excepcional.

Buffy la cazapensamientos, la llamaban, y fue un hito subterráneo que muchos recordarán. Agazapada tras una sombra, o tendida sobre una urna de cristal, esperaba pacientemente ver pasar al pensamiento y le daba el final. Tuvo, claro, muchos pacientes que atrapados en viejas estructuras necesitaban quien los fuera a rescatar.

“Por favor, saque de la torre a una idea que me tiene secuestradas las ganas de vivir”, le solían decir.

Ella se armaba, nunca mejor dicho, con sus armas de mujer. Y como una fiera Amazona se lanzaba a recorrer valles deprimidos y bosques enredados, cuevas de dolores ocultos y picos de llenos de egos que la querían derrotar.

Sólo que había veces que ojalá supiera volar. Si tenía que atravesar las ciénagas de una mente descompuesta sentía el hedor del barro reptando por sus muslos, era sensible a la obscenidad, vulnerable al ardor del odio y víctima de la angustia vital. Era mortal.

Además los pensamientos, lejos de disminuir los hacía multiplicar, porque matándolos los dividía entre lo que está bien y lo que está mal.

Henchida, de tantos pensamientos que no había podido matar, un día cansada se dejó impregnar.

Bajada la guardia, estallaron en revuelta las ideas y la mente se puso a trabajar: especuló del derecho y del revés, se encogió y se estiró hasta formar bucles infinitos, se complicó y se volvió a ordenar.

La veda estaba abierta para el ego de su majestad. Los pensamientos pronto saturaron el cerebro y comenzaron a invadir el resto de su cuerpo. Se acomodaban en sus caderas y en el trasero, en los antebrazos y los dedos de los pies. Con los años el cuerpo le fue pesando cada vez más y se hizo

gorda gorda como una catedral. Aquello la hizo lenta, pesada y triste y estuvo a punto de abandonar.

Pero antes que amedrentarse, optó por la solución final. Si no podía gobernar los pensamientos al menos los haría reventar. Tomó a uno cualquiera por la cola y lo comenzó a hinchar. Sopló y sopló y de pronto lo hizo explotar.

Pasó un instante de silencio. Y explotó todo lo demás.

Fue entonces cuando lo volvió a sentir. O mejor dicho, dejó de sentirlo todo y echó a volar.

Cuentos gatos

Tengo un amigo que escribe cuentos que son como gatos que están en calma y luego se arquean. Escribe cuentos que salen repentinamente disparados. Y llegan.

Podrían parecer cuentos de serpiente, porque se estiran sinuosos y rodean el árbol antes de morder su presa. Pero no es el caso. Un cuento de serpiente es silencioso, se enrollaría y luego dormiría un buen rato. En cambio, los cuentos gato hacen como que no nos han visto, pero nos han calado. Y hacen lo que tengan que hacer los gatos, con lo que saben de los cuentos que les han contado.

El termómetro

De pronto el planeta entero se contuvo. La inocente exploración de un

niño en el jardín de su casa había dado con el agujero más profundo jamás descubierto. “No sabemos lo que se esconde ahí abajo”, dijo el General Tomas Hawks, responsable de las unidades de asalto de Minnessota, “pero de una cosa sí estamos seguros: es de este mundo”.

En seguida los equipos de Seguridad Nacional se encargaron de establecer un perímetro de seguridad alrededor de la casita familiar y una corte de científicos aislados en sus trajes especiales empezó a hacer estragos en la cocina. “Es que este trabajo da mucha sed”, decían para justificar que no dejaban lata de cocacola con chispa de vida.

“Los análisis demuestran que nos encontramos ante un termómetro terrestre”, declaró a la TV el jefe de investigaciones. “Parece ser que hay una sustancia palpitando ahí abajo que responde a unos estímulos que no hemos identificado. Hemos detectado que dicha sustancia asciende cada vez a mayor velocidad hacia la superficie. América debe prepararse para lo peor”.

¿Será que la tierra tiene fiebre? ¿Será una amenaza? ¿Un volcán de cuello estrechísimo en medio de una urbanización rosada? Los medios de comunicación se encargaban de propagar un mensaje de inseguridad nacional. “Debemos estar todos acojonados”, se justificaba el director de Informativos, “porque si ocurre algo malo mejor estar protegidos que expuestos”.

Algunas voces civiles y científicas propusieron tapar el agujerito. Si es una mierdecilla de diez centímetros, decían. A eso se le mete un buen corcho y listo.

Pero uno de esos científicos borrachos que en las películas no tienen más remedio que ir a rescatar del desierto, dijo: “No recomiendo taparlo con corcho. Sin la ventilación adecuada la sustancia podría implosionar y

provocar un desastre de consecuencias incalculables”.

¿Y qué sugieres que hagamos, listo?, le dijeron los demás.

“Hagamos lo único que podemos hacer como científicos”, respondió muy tranquilo. “Tomar la temperatura y punto”. Y dicho esto se bebió la última cocaola que quedaba en la nevera.

El gusano

El gusano iba labrando en la tierra un espinazo. Luego un intestino delgado, y a continuación uno grueso, con galerías de hierro, claraboyas de colores y días de lluvia alternados. Luego labró un estómago, donde invitaba a pasar la tarde a los alimentos. Más abajo escarbó unos órganos y más arriba comenzó a preparar el campo. De todo lo que comía, el gusano expulsaba un cuarto, que utilizaba de abono para sembrar el campo. Era un campo bajo tierra, que de la luz sólo conocía lo que le podía contar el agua. Un campo que se alimentaba de lo que sus raíces podían encontrar.

El gusano lo había dispuesto todo para que la semilla llegara al campo. Desde lo más hondo de la tierra, la semilla recorría las galerías y los pasillos, los canales y las zanjas que con esfuerzo había abierto el invertebrado. Poco a poco la semilla llegó a la médula espinal: una avenida neogótica con columnas de cristal. El brillo de los minerales decoraba su camino y millones de leucocitos la vinieron a saludar. Ya veía la semilla a lo lejos, su lecho de algodón, el trono de una reina y un bastón. El trayecto a lo largo de la médula la hizo olvidar de todo lo que dejó atrás. Había llegado donde tenía que llegar. Y tomó asiento en su nuevo hogar. Allí es donde tenía que morir para volver a brotar.

La semilla dio fruto. Un fruto rotundo que trajo consigo un enorme frutal del que se sostuvo hasta madurar. El sol calentaba la fruta. Y dentro de la fruta el gusano quiso comprobar si era posible saltar de la tierra al cielo sin más. Comiendo el dulce manjar se abrió paso y el gusano no necesitó ojos cuando, al asomarse fuera, la luz como un chorro lo vino a buscar.

El gorro naranja

Era una mujer a quien le gustaba bañarse en invierno en los lagos helados. A pocos kilómetros de su cabaña había uno con grandes piscinas rodeadas de hielo.

Cada mañana se ponía un traje de baño blanco, un gorro naranja y unas gafas y se echaba al agua. Le entusiasmaba el primer contacto con el agua. Era todo un idioma nunca pronunciado. Acaso podría traducirse una sola palabra de ese idioma al lenguaje humano, aunque suena banal: ah!

El agua helada la poseía por completo durante un instante, la sumía en la oscuridad del frío que está a punto de quemar. Una montaña de sensaciones se disputaba a cada segundo su piel.

Al poco de sumergirse sus músculos se entumecían y tenía que reaccionar. Agitaba los brazos con fuerza para volver a emerger. Le dolía el cuerpo pero el placer que sentía era más. Además, su cuerpo se acostumbraba al frío con facilidad y pronto pasaba a un estado de entrega al medio total. Su cuerpo y su mente la dejaban estar en paz.

Cuando se bañaba en el lago ella sólo sentía. Su mente se abstenía del menor pensamiento y se dejaba gozar. Lo único que permitía distinguir a la mujer desde la orilla era su gorrito de goma naranja. Pero a veces se lo

quitaba. En una anotación rescatada de su diario se puede leer:

“Supongo que cuando me quito el gorro naranja estoy mandando una señal. Sumergida en el agua helada, aguantando la respiración, sin un solo pensamiento en la cabeza, me dejo llevar por el instinto.

Cuando me quito el gorro estoy desnuda, aunque lleve bañador. Desaparezco literalmente a la vista de los demás. Pero sobre todo, cuando hundo la cabeza, desaparezco para mí misma. Sólo soy una célula sensible en la que impactan las emociones.

Hoy me he quitado el gorro rojo. Hoy sí estaba a solas con el agua! Tenía toda la intimidad del mundo... y lo hice. Le hice el amor al lago. Sí sí, es increíble. Lo adulé, lo monté, me montó, lo follé, lo revolqué, lo sentí tan adentro de mi sexo que me parecía que aquí estaba la fuente de todo lo demás.

Me gusta mucho tener orgasmos bajo el agua helada. Se conservaban más tiempo en el cuerpo. Aún me acuerdo”.

Hace una semana la misteriosa mujer se quitó un gorro naranja en plena calle y desapareció de vista.

Algunos investigadores siguen opinando, contra toda lógica, que la mujer desaparecida está a la vez en algún lugar y en todas partes.

